

Boletín de la Biblioteca Nacional

Director: JULIO CESAR ESCOBAR

Noviembre de 1933.
No. 11

San Salvador, C. A.
Imprenta Nacional.



INDICE



1	Discurso del Director de la Biblioteca Nacional leído el 12 de noviembre en el acto inaugural de la exposición de libros.	1
2	Baltasar Gracián, por Azorín.....	4
3	La Personalidad de Masferrer, por Mario Vargas Morán...	7
4	Jacinto Octavio Picón, por Manuel Bueno.....	11
5	Cómo debe leerse la Biblia, por Alberto Gerchunoff.....	14
6	Preceptiva Literaria, libro de Enrique Muñoz Meany, por Santiago Argüello.....	17
7	La Lectura, por Augusto Emilio Faguet.....	19
8	El Estudio de la Historia, por Manuel Castro Ramírez.....	21
9	T. P. Mechín y sus libros, por Juan Ramón Uriarte.....	22
10	La adquisición de libros, por Alfredo Cánsole.....	26
11	El Arte Nuevo, por Salarrué.....	30
12	Noticias de Libros.....	32
13	Canjes recibidos de varios centros durante los meses de agosto, septiembre y octubre de 1933.....	35
14	Diarios que llegan a la Biblioteca Nacional.....	39



EDITORIAL

Discurso del Director de la Biblioteca Nacional leído el 12 de noviembre en el acto inaugural de la exposición de libros

En revistas, diarios y folletos que llegan del exterior al país vienen en sus páginas ideas o sugerencias nuevas que tienden a levantar el nivel intelectual de los pueblos. Tales ideas, tales sugerencias en unas partes no fructifican, en otras florecen vigorosas, y quieren ya rendir su cosecha opima. Entre nosotros, por ejemplo, los sentimientos elevados, amplios, luminosos van teniendo amorosa acogida, y es así como, por primera vez, tiene lugar en este recinto la exposición del libro, auspiciada por el Señor Presidente de la República, General Max. H. Martínez y a iniciativa del Ateneo de El Salvador, Institución que se esfuerza por la cultura salvadoreña.

Una exposición bibliográfica era necesaria en San Salvador, y esa necesidad se ha llenado: aquí la tenemos en la Biblioteca Nacional, si un tanto escasa en su cantidad pero eficiente en la calidad, en la intención. Es una señal, un germen, un atisbo de un nuevo florecer en estas tierras vírgenes, donde la buena simiente germina abundante para plasmarse después en pan milagroso de los hombres, milagros decimos, porque los libros, pero entendamos los verdaderos libros, encierran el fuego lento y eterno que moldea el alma de la Humanidad. Es un ensayo, es algo

así como un juego de niños, un juego que se irá volviendo un hábito. Aquí estamos mostrando, con la humildad de buenos salvadoreños, lo poco y bueno que tenemos en materia de libros y no con el afán de una vanidad minúscula, sino con los propósitos de abrirnos amplios horizontes, de darnos otras costumbres, de hacernos mejores recreos, de labrarnos otros caminos que nos lleven a las riveras de una felicidad perfecta y estable. Las exposiciones bibliográficas deben anticiparse a las exposiciones industriales: primero el concurso de las ideas, después el torneo de los productos manuales: los libros, cofres de sabiduría, aprisionan las ideas que nos dan las disciplinas, los métodos, los sistemas para poder hacer y trabajar en orden y con perfección.

Hace ya algunos meses, un espíritu dilecto, Salarrué, el hombre llamado a recoger el estandarte de los intelectuales salvadoreños, indicó la conveniencia de llevar a cabo un concurso como el que hoy celebramos. Dicha sugerencia no fué palabras en el viento, sino que tomó realidad en la voluntad de los miembros del Ateneo, y la Biblioteca Nacional, creada para justificarse como un verdadero centro de cultura, ha querido aportar su contingente en dicha obra, y en tal

sentido abrió sus puertas para acoger en su seno la exposición de libros. Y no solamente la Biblioteca ha contribuido a que se realice la exposición. Numerosas personas amigas han estado prestas al llamado del Ateneo de El Salvador, enviando libros curiosos que dan más brillo al acto que motiva estas palabras.

No se puede permanecer inactivo ante las corrientes innovadoras. Los Gobernantes, las Instituciones oficiales e independientes, los obreros, pedagogos etc., están en el deber de abrazarse en la llama de sanos entusiasmos.

A este certamen, singular y amable, han de concurrir todos los hombres. Todas las energías espirituales, y si es posible las materiales han de aunarse, a fin de darle mayor realce, la mayor gala-nura, el más vivo interés, que así ya habremos ganado una de las más hermosas batallas en los campos de la cultura. Que bella cosa esta! La exposición bibliográfica por primera vez en El Salvador. Pequeña pero compacta, tal lo que somos: un país chico pero recio.

Sí, la calidad más que todo ha de interesar a los salvadoreños. La calidad en las ideas, la calidad en lo espiritual, la calidad en el trabajo, la calidad en los libros. Y tal condición ya es una ventaja. Por eso la exposición presente no será ni es una cosa efímera. Es cosa viva y será el arranque o el cimiento de una nueva costumbre que más tarde tomará las características de un deber ciudadano.

Qué provecho nos deja una exposición bibliográfica? Muchos y de positivo valor científico, histórico y literario. A un concurso de tal naturaleza afluyen las obras fundamentales que constituyen el panorama del pensamiento humano. Y es precisamente por eso que en

ellas se despiertan nobles anhelos. El artista busca la exposición por conocer los manuscritos amarillentos, cuyas páginas contienen la génesis de tantas escuelas de arte, en el más amplio sentido del vocablo; el historiador, el que gusta de ir por los laberintos de los siglos, va a la exposición para recrear su espíritu tocando, viendo los folios de otras edades que son el resumen de cuanto el hombre ha dicho y hecho; luego los que se dedican al trabajo de imprenta, pueden medir o apreciar con gran acierto el proceso de la tipografía al través de las edades; el pueblo semi-culto ve con sus propios ojos los incunables en los que se encuentran los grabados en madera, el tipo redondo, el gótico antiguo, formándose así la idea de las penalidades de los primeros impresores, del material y de los instrumentos que emplearan aquéllos para dar cima a sus labores tipográficas en tiempos tan lejanos cuando las ideas tenían limitada circulación. Y hay más todavía: en estas latitudes, donde el libro no goza del aprecio que merece, se va formando, haciendo, como algo tangible, el cariño, el respeto al libro. En algunos países de América, donde la cultura ha ido entrando lenta pero segura en la conciencia de las multitudes, las exposiciones de libros ocupan un lugar preferente en los programas educativos oficiales, y las personas adineradas vuelcan toda su filantropía en beneficio de estos acontecimientos que no son otra cosa que sendas seguras hacia el mejoramiento intelectual de los sectores sociales.

La escuela pública primaria necesita de dichas exposiciones. Los escolares se sienten atraídos por las pastas y páginas ilustradas con animales fabulosos de los libros de cuentos que forman la literatura

infantil: en una exposición de libros no faltan los libros para niños: «Las mil y una noches», «Caperucita Roja», «Las Fábulas de Esopo», «Los Cuentos de Grim», etc., etc. La mente de los escolares se ilumina con la policromía de las pastas y las láminas de los pequeños tomos, y entonces procuran proveerse de libros de cuentos. En el hogar a cambio de golosinas solicitan los libros que vieron en la exposición y así también lo hacen en el aula. El maestro de escuela se siente estimulado y se dedica con ahinco a fomentar la biblioteca escolar después de haber visitado una exposición de libros. En los Estados Unidos, según estadísticas, las bibliotecas infantiles han aumentado considerablemente debido a esta clase de propaganda que en la mayoría de las poblaciones de aquel laborioso y culto país se le hace a los libros. Para fomentar la cultura popular en Norte América han recurrido a dos medios eficaces: las conferencias en los paseos públicos y las exposiciones de libros, especialmente. En la Argentina hay una Sociedad Protectora del Libro y esta Institución, con el apoyo de las autoridades y de los particulares verifica, con gran éxito, cada año, una exposición bibliográfica, cosa que se va volviendo estable en el sentimiento nacional de ese pueblo. En el Uruguay y México las exposiciones bibliográficas han alcanzado gran importancia, y es así que reciben franca y efectiva ayuda del Gobierno y de personas que aman la educación de las masas. En resumen las exposiciones de libros son fuerzas vivas que mueven, que alientan a las colectivida-

des en la conquista de sus objetivos.

Y en el momento actual se siente, se manifiesta un afán constante de cada país por acrecentar el caudal de su cultura. Se multiplican las universidades, escuelas y bibliotecas públicas. Se fundan agrupaciones para difundir ideas artísticas y literarias, se organizan ciclos de conferencias al aire libre para darle nuevos derroteros al espíritu y a la mente. El Salvador es un pueblo que practica esa gimnasia. Salvando toda clase de obstáculos se traza su problema de trabajo y en primera línea coloca la educación de sus hijos, problema vital que se ha de enfrentar con decisión y valor, porque en él se incuba el porvenir de la patria. Y aquí estamos ahora, multimillonarios de optimismo, trabajando a la sombra de un solo ideal: una educación firme y útil.

Con la paciencia de un Santo o con la tenacidad de los fuertes o de los incansables, vamos sincerando el camino de nuestra dicha, para que las generaciones venideras admiren un pasado glorioso. La presente exposición inicia la cosecha de los esfuerzos de ayer. Atalayando el tiempo están la fe y la constancia de los hombres. Los dos sentimientos que gravitan sobre la conciencia universal, han de traernos la grande alborada de una vida más amplia. Se presiente un nuevo despertar. Hay un nuevo juvenecer. Quizá viene una amanecida más jocunda, con una aurora esplendente. Sí, estamos frente a una política nueva. La política de la cultura.

JULIO C. ESCOBAR.

Baltasar Gracián

Por AZORIN.

Nació Gracián en 1601; fué su patria Belmonte, a dos leguas de Calatayud. Profesó en la religión de San Ignacio; ocupó algunos cargos importantes en la Orden. No son muchas las obras que compuso el escritor aragonés. Son las de más volumen y trascendencia *El Criticón* y la *Agudeza y arte de ingenio*; se cuentan, entre las más breves y compendiosas, *El político Fernando*, *El oráculo manual*, *El héroe* y *El discreto*. En *El Criticón* expone Gracián sus ideas sociales; formula en la *Agudeza* su concepción artística. En Gracián es preciso considerar el estilo, la moral y la crítica de costumbres.

El estilo del escritor aragonés es enérgico, apretado, jugoso. Durante mucho tiempo se ha tenido a Gracián por obscuro, laberíntico, ininteligible. Requieren sus trabajos una lectura detenida; pero no hay en la prosa de Gracián nada que falle ni que sobre para su comprensión total. Estriba el afán de nuestro autor en condensar en pocas palabras considerable doctrina; a la concisión lo sacrifica todo. En las dos sentencias siguientes se puede resumir toda la técnica literaria de Gracián: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno»; «más obran quintas esencias que fárragos». Amaba Gracián apasionadamente la lectura; procurábase cuantos libros nuevos aparecían; contaba con amigos que le tenían al tanto de las novedades literarias «¡Oh gran gusto al leer!— exclama—. No hay lisonja, no hay fullería para un ingenio como un libro nuevo cada día.» Conocía

Gracián los filósofos, políticos y poetas de la antigüedad clásica; rastros ostensibles hay en su *Criticón*—en cuanto a los autores contemporáneos suyos—de Hobbes, Descartes y Montaigne.

Para Gracián, tanto el mundo físico como el social son una lucha tremenda y eterna. El concierto que vemos en el universo está formado de oposiciones: «Todo este universo se compone de contrarios y se concierta de desconciertos.» «No hay cosa que no tenga su contrario con quien pelee, ya con victoria, ya con rendimiento, y todo es hacer y padecer; si hay acción, hay reacción.» Acción y reacción es la vida universal. Todo batalla contra todo: los elementos, los astros, los males y los bienes, los tiempos. A los viejos se oponen los mozos; los coléricos, a los flemáticos; los ricos, a los pobres; unos religionarios de una idea, a los religionarios de la idea opuesta. Y lo notable es que en esta variedad, antagonismo y choque de unas cosas con otras, halla precisamente el universo su conservación. «Todas las cosas se van acabando; todas ellas perecen, y el mundo, siempre el mismo, siempre permanece.»

Conocida cual es la concepción que Gracián tiene del mundo y de la sociedad, fácil será deducir su moral. En *El Criticón*—parte I, crisis IV—imagina nuestro autor un apólogo en el que resume sus ideas éticas. Un hombre, por vía de castigo, es encerrado en una cueva en compañía de varios feroces animales; a los gritos del prisionero

acude un viandante. Prestamente se llega éste a la caverna y separa la losa que la cierra. Salen del antro todas las fieras y van haciendo caricias al libertador; aparece después el prisionero y acomete y mata a su bienhechor, para robarle su hacienda. Nada más expresivo ni más desolador. «¡Dichoso tú, que te criaste entre las fieras!—se lee en el mismo libro—, y ¡ay de mí!, que entre los hombres, pues cada uno es un lobo para el otro, si ya no es peor el ser hombre!» Dada esta concepción moral de la humanidad, afirmando el implacable concepto de la lucha universal, no habrá para el hombre otro camino sino el de procurar sacar a salvo en la batalla la propia personalidad. Aquí, en este punto, se une la moral de Gracián con su política. En el *Oráculo manual* ha resumido su pensamiento el escritor aragonés. «Cuando no pueda uno vestirse la piel del león—dice Gracián, en resumen—vístase la de la vulpeja.» Fuerza y habilidad: allí estará la clave para lograr el triunfo en la contienda. Seamos impasibles; pongamos sobre todas las cosas nuestro propio bienestar. Gracián llega en sus deducciones a extremos verdaderamente crueles. «Conocer los afortunados para elección y los desdichados para la fuga», escribe. «Nunca por la compasión del infeliz se ha de incurrir en la desgracia del afortunado.» «Saber excusar pesares . . . Nunca se ha de pescar contra la dicha propia para complacer al que aconseja y se queda fuera.»

Frío, agudo y amargo es Baltasar Gracián en la crítica de las costumbres. *El Criticón* abunda en rasgos de una firme independencia. A los elementos más importantes de las clases directoras fustiga el pensador aragonés; a los estadistas, cuyos «fines señalan a una parte y dan en

otra»; a los jueces, que «tocan primero para oír después»; a los militares, que «en vez de acabar las guerras las alargan»; a los prelados, que se enriquecen. Observaciones interesantes sobre psicología nacional se encuentran en la obra fundamental de Gracián. En Salamanca—según nuestro autor—, «no tanto se trata de hacer personas cuanto letrados». En Andalucía le parece a Gracián que «se habla mucho y obra poco». Agradábase mucho la alegre, florida y noble Valencia, llena de todo lo que no es substancia; pero temióse que, con la misma facilidad con que le recibirían, le echarían mañana. «No muy suave se muestra Gracián con sus paisanos». Aragón está «poblado de gente sin embeleco», pero «espantábase aquel proseguir en la primera necesidad». Gracián achaca al medio, en gran parte, la condición de las personas. «Participa el agua—dice—las cualidades buenas o malas de las venas por donde pasa, y el hombre las del clima donde nace». Los españoles somos como somos gracias al clima. España «es muy seca, y de ahí les viene a los españoles aquella su sequedad de condición y melancólica gravedad».

Las guerras han ocasionado la decadencia en España. «Si España no hubiera tenido los desagüaderos de Flandes, ni las sangrías de Italia, ni los sumideros de Francia, ni las sanguijuelas de Génova, ¿no estuvieran hoy todas sus ciudades enladrilladas de oro y muradas de plata?» Mientras tantos tesoros se han gastado en aventuras militares fuera de España, ¿qué se ha hecho en nuestra casa? «España—escribe nuestro autor—está hoy del mismo modo que Dios lo crió, sin haberla mejorado en cosa sus moradores; fuera de lo poco que labraron en ella los romanos; los montes están

hoy tan soberbios y zahareños como al principio; los ríos innavegables, corriendo por el mismo camino que les abrió la Naturaleza; las campañas se están páramos, sin haber sacado para su riego las acequias; las tierras, incultas, de suerte que no ha obrado nada la industria....»

Tal es la esencia del pensamiento de Baltasar Gracián. Murió el pensador aragonés en 1658. Su arte literario admira por la condensación y la fuerza. Su ética de epicúreo intelectual es inadmisibile. Saavedra Fajardo, en sus *Empresas políticas*, se coloca en el justo medio cuando escribe: «La compañía civil (*sociedad*), consiste en vivir para sí y para los demás». «Procurad haceros fuertes cada uno—dice Gracián—y velad por vuestra dicha». Dos tipos opuestos son Cervantes y Gracián: Cervantes es el hombre de los caminos, entregado a las angustias y los azares de una vida precaria; Gracián vive en su biblioteca, entre libros y antigüedades, seguro, placentero. Cervantes es para los infortunados y los oprimidos; Gracián, para los bienhallados y poderosos. Pero si no podemos aceptar las conclusiones morales que el escritor aragonés saca de su crítica social, admitimos de buen grado los materiales de esa misma crítica social, de la cual pueden ser deducidas otras secuelas. Por ese agudo, penetrante, inexorable espíritu crítico, vivirá entre los ingenios más altos Baltasar

Gracián. Ese espíritu de crítica le acarrió, cuando la publicación de *El Criticón*, un castigo de su Orden. «Conviene velar sobre él—escribía el Propósito general al Provincial de Aragón—; mirarle a las manos, visitarle de cuando en cuando su aposento y papeles, y no permitirle cosa encerrada en él.

Bibliografía de Azorín: «Al Margen de los Clásicos», «Clásicos y Modernos», «De Granada a Castelar», «Doña Inés», (Historia de amor). «El Alma Castellana», «El Chirrión de los Políticos», (Fantasía moral). «El Licenciado Vidriera», «El Político», (Con un epílogo futurista). «Entre España y Francia», (Páginas de un francófilo). «España», (Hombres y paisajes). «Fantasía y Devaneos», (Política, Literatura, Naturaleza). «La Ruta de Don Quijote», «Las Confesiones de un Pequeño Filósofo», «La Voluntad», «Lecturas Esapañolas», «Los Dos Luises y Otros Ensayos», «Los Pueblos», (Ensayos sobre la vida provinciana). «Los Quinteros y Otras Páginas», «Los Valores Literarios», «Páginas Escogidas», «París Bombardeado y Madrid Sentimental», «Parlamentarismo Español», (1904-1916). «Rivas y Larra», (Razón social del romanticismo en España). «Una Hora de España», (Entre 1560 y 1590). «Un Discurso de la Sierva», «Un Pueblecito. Río Frio de Avila».

La Personalidad de Masferrer

Por MARIO VARGAS MORAN

Recuerdo, con tanta vividez como si ahora mismo lo viera, el momento en que conocí a Masferrer; momento que dividió mi vida en dos pedazos, como divide la aurora al tiempo en tinieblas y en luz. Conocí al Maestro en la redacción de «Patria». Ví, ante todo, su semblante pálido, con palidez aristocrática de rica vida interior; sus canas blancas y frías que hacían contraste con el ardor del pensamiento oculto bajo ellas, como contrasta la nieve que cubre al volcán con la hirviente lava que lo llena. Ví su sonrisa mansa y suave. Y no creí que detrás de aquel cuerpecillo débil pudiera esconderse un espíritu tan poderoso: sólo sus ojos se salvaban, en un arder interno, en un cambiar de fulguraciones, en un múltiple flujo y reflujo de ideas y sensaciones y actitudes, de entre las cuales iba de la dulzura a la ironía, de la comprensión exacta a la piedad suprema.

Aquel hombre marchaba por la vida comprendiéndolo todo. Su espíritu se abría a todas las verdades: y nunca pensó en poseer esa fórmula absoluta que buscan los metafísicos y en la cual puede guardarse, como la joya valiosa en su historiado estuche, la Palabra magna que tenga el secreto del Cosmos. Lo comprendía todo. Desde su corazón al exterior, tendía de continuo el puente de la vibración adecuada: y por eso lo amaba todo, que al fin y al caso amar no deja de ser un sinónimo de entender.

Nunca ví antes, ni he visto nunca después, a un hombre tan amplio, tan alto y sin embargo tan sencillo. Nunca conocí a quien como él, pudiese entrar en comunión espi-

ritual tanto con el espíritu culto cuanto con el hombre elemental de los campos o de las ciudades. Era un aparato, exquisitamente sensible, de captación, y su cerebro como una antena, su corazón como un resonador, recogían todo pensamiento, toda emoción, toda huella de vida en su camino por la vida.

Ello le daba, ello le dió siempre una personalidad definida, resueltamente acentuada e inconfundible. Se le llamaba «el Maestro» espontáneamente: y allí donde se encontrara, en la reunión en que estuviera fué siempre el punto central, el director, el que domina, el que manda, más que con la palabra o con el ademán, con la fuerza indomitable del pensamiento, con el encanto irresistible de la idea.

Su vida marca una sola línea recta para todo quien sepa verla con ojos limpios de pasión y de prejuicio. Fué toda ella ascensión y purificación: fué también toda angustia y esfuerzo; pero al fin escaló, como antes la escalera Nervo, la cumbre augusta de la Serenidad, sus últimos días le encontraron, siempre rebelde ante la injusticia, siempre adversario del odio y de la violencia; pero aceptándolo todo con su suave sonrisa que parecía iluminar las oscuridades más hondas, que parecía suavizar las penas más ásperas y agudas.

Su influjo era casi físico. Desprendía efluvios magnéticos, como los que poseen todos aquellos que tienen el don divino de convencer: de allí que se formara en torno suyo, poco a poco, esa turba de discípulos que hoy caminan por las viejas huellas de sus pasos, espigando en su obra, recogiendo

las semillas no germinadas para sembrarlas de nuevo, y pretendiendo continuar su vibración espiritual hasta que se propague, de onda en onda, como la luz, como el calor, como todo lo que es vida poderosa y auténtica.

Alguien ha dicho recientemente que Masferrer fué orador mucho más excelso que escritor. Ello no es cierto. La capacidad de expresión era en él absoluta, porque siempre el sentimiento sabe buscar su salida hacia lo exterior: y precisamente él no fué otra cosa que un hondo sentimiento, hecho carne, trasportándose a través de la trama nerviosa, delicada y fina, desbordándose por los ojos de luminosidad misteriosa y vibrando hasta en aquellas magníficas manos de asceta en que palpitaba el exquisito misticismo de su alma.

Masferrer vive en su obra. Es fácil encontrarle en ella: ora ardiendo en el fuego espiritual de la poesía, ora elevándose a las regiones superiores de la investigación filosófica, ora colocándose en el terreno de la lucha y elevando de nuevo el látigo abandonado por Jesús para arrojar otra vez a los mercaderes, que insisten en aposentarse en las casas de Dios. La lectura de sus libros es un camino que va recto hacia su espíritu porque siempre mojó la pluma en sinceridad, y no tuvo el tonto pudor de quienes, antes de lanzar su corazón al mundo, lo visten de hipocresía y lo disimulan detrás de los disfraces del convencionalismo. Palpitante, en toda su obra se erige una gran interrogación. Mira con claridad el abismo negro que está más allá de los días de todo mortal, y se acerca a él sin temor; pero quiere sorprender todavía, en la Nada, un palpitar confuso y lejano. Quiere descubrir aunque no sea más que la huella de un resplandor que pueda

guiar los pasos impalpables de quienes fueron y ya no son. Después, comprende que el abismo no existe, que lo creamos nosotros, que no representa, en suma, más que la ausencia de lo que es, así como el frío denuncia la carencia del calor, y la oscuridad el desaparecer de la luz. Y entonces, absorto de dolor, ve que el abismo ha salvado las fronteras del no ser, y que en forma de odio está sobre nosotros como un monstruo negro, y que ha hincado su garra sobre el mundo, y que hay que luchar contra él, como contra algo intangible, omnipotente, algo que es como un terror sin nombre.

De allí su denuedo y su coraje. De allí su *Minimum Vital*. De allí su inclinarse ante el desheredado y compadecerlo, y darle cuanto tiene, hasta su mano de amigo, hasta su beso sobre la cara leprosa, como en otros tiempos y en otros caminos lo hiciera el Pobrecito de Asís, el hermano Francisco, de la frente pálida y los ojos febriles hundidos y amorosos. La obra toda de Masferrer va describiendo un círculo en el cual lo espiritual engendra lo material y es a su vez engendrado por éste: como si quisiera, de manera magnífica, expresar la identidad esencial de todo lo creado; y hasta de todo lo creado con quien lo creó. Por eso de los libros, de las poesías y hasta de los artículos de Masferrer se desprende un aroma de panteísmo. Es un aroma suave. Un poco lejano. Un poco desvaído. Como el que dejan las flores marchitas entre las páginas de un libro.

En Masferrer pudo darse el milagro de que produjera una vasta obra, de pensamientos elevados, de cálidas sensaciones, de vibración hondísima y perenne, sin que su personalidad se disolviera en su herencia espiritual. Muchos grandes hombres no resistieron esa prueba

suprema. Dieron tanto, que se quedaron desnudos. Se entregaron de tal manera y con tanta prodigalidad, que acabaron por perderse a ellos mismos. Oscar Wilde, presintiendo la dureza y el peligro de tal empresa, no quiso poner en sus libros más que el talento: el genio lo reservó para su vida. Pero Masferrer se entregó todo él, dió a manos llenas, partió su capa y aún la entregó totalmente a quien la necesitaba: y sin embargo la dádiva parecía enriquecerle, y la entrega le robustecía. Tuvo la alegría divina de producir belleza y en lugar de que su corazón exhausto no vibrase más, en vez de que su cerebro agotado se negara a pensar, establecióse entre su mente y la mente universal una fecunda corriente de vida y de exaltación que le llevó hasta la cumbre en la cual queda, definitivamente colocado.

Cuando le ví por la primera vez, apenas percibí una cara pálida, con la palidez luminosa de las fuertes vidas interiores; y sus ojos llenos de lumbre bondadosa y cálida, y sus manos de asceta, de una transparencia de marfil. ¡Qué ajeno estaba de pensar que, desde aquella humilde mesa de redacción, aquel hombre débil y encanecido, ayudaba a gobernar el país. Sin embargo, bien a la vista estaba su instrumento de dominación. Allí, entre los dedos, estaba una pluma. Una sencilla pluma entre cuyos puntos había todo un mundo. Sólo después me dí cuenta de que se le respetaba y se le temía; y de que en la vida diaria de El Salvador, su pensamiento abría cauces y su pluma caminos, y que los poderosos de la tierra inclinaban la frente ante aquel poderoso de la Idea.

Y no deja de haber un milagro, maravilloso y único, en el espectáculo de una aristocracia del espíritu que termina por imponerse contra la avasalladora influencia de

la bota o del bolsillo repleto. Bate sus alas la inteligencia como una ave blanca, y los grandes carniceros se estremecen inquietos en sus cubiles. La flor contra la piedra. La canción contra el metal. El desinterés contra la sórdida avaricia. Y vence esa canción. ¡Se impone esa Idea! Desde su mesa de Redacción, el Maestro hacía cavilar, con zozobra, a aquellos que siempre se tuvieron como todopoderosos. Por eso pedían, con voz en que temblaba el miedo, la cárcel o el destierro para el peligroso. Pero a una idea no se la encarcela; a un pensamiento no puede expulsársele.

En las reuniones del grupo vitalista, en nuestras reuniones que ninguno de nosotros puede evocar sin añoranza, Masferrer presidía, con toda su blanca majestad aristocrática. Era una Escuela de Acción, en la que no se predicaba ni la destrucción ni la anarquía como quieren imaginar los imbéciles, sino en la cual se daban las más altas enseñanzas de solidaridad humana, de la paz genuina, la que viene de dentro a fuera como la savia; del Amor ilímite a todo lo que es pobre, y débil e irredento. Creyó él que aquel grupo tan reducido iba a crecer por capas concéntricas hasta comprender en su seno a toda la múltiple sociedad, toda la vasta construcción de las edades. Pensó que era una semilla y que de ella saldría poco a poco, a condición de protegerla y de cuidarla, esa planta robusta bajo cuya sombra se disfrutara de fresca y en cuyas frutas se encontrara el alimento. El grupo fué disolviéndose paulatinamente; la soñada semilla no echó raíces ni se intensificó en crecimiento: pero la obra no fué perdida. Quedó un temblor anímico en el secreto misterioso de la conciencia de cada uno; quedó una idea flotando sobre todos. Y si no se pierde en el plano

físico un solo grado de energía ni un solo átomo de materia, mucho menos puede perderse el silencioso palpar de los espíritus.

No era, el germen vitalista, un agregado de cantidades homogéneas. No era el reunirse de mentalidades afines. Entre nosotros encontraba cabida todo el mundo: inteligencias de todos los niveles se articulaban en un solo conjunto, como se ofrecen a la lluvia fecundante, terrenos de todas las alturas. No era la aproximación indiferente de quienes se aglomeran en un templo: era la viva conjunción de voluntades y de sentimientos, era la mutua y exacta adaptación. Y ese milagro sólo podía ser realizado por la personalidad poderosa del Maestro.

Esa fué su fuerza. En esa clase de hombres, tan altos, tan superiores, la vida parece hincarse más hondamente, y la diferenciación individual es más radical que en otros seres. Van marcados por el sello de la divinidad, que resplandece sobre ellos.

Sólo así es explicable su obra. Las grandes empresas exigen hombros de atlante. Y una labor tan completa, tan elevada y noble, como la suya,

exigía un espíritu prodigiosamente personal en que se afirmasen y resplandeciesen las cualidades más sublimes del hombre. Por eso su existencia, todo lo atormentada que se quiera, fué tan grande y tan plena. Por eso gozó el triunfo superbo de ver fructificar su esfuerzo. Tuvo el másculo gozo de crear. Y crear es parecerse un poco a Dios. Es tener un soplo de infinito. Es disfrutar gloriosamente del vivir en contraste radical con los pobres espíritus adocenados, que apenas reciben una limosna de la vida.

Bibliografía

de Alberto Masferrer:

«El Dinero Maldito», «En Costa Rica», «Las Siete Cuerdas de la Lira», «Niñerías», «Páginas», «Pensamientos y Formas», «Minimum Vital», «El Libro de la Vida», «El Alma del Naranjo», «Ensayos y Figuraciones Sobre la Vida de Jesús», «Leer y Escribir», «Recortes», «Ensayo Sobre el Destino».

La obra que ha sido más difundida en el mundo, después de la Biblia, es «Don Quijote de la Mancha».

Del inmortal libro de Cervantes se han hecho las siguientes ediciones hasta aquí: 651 en español; 163 en francés; 200 en inglés; 96 en italiano; 80 en portugués; 70 en alemán; 8 en polaco; 6 en dinamarqués; 5 en ruso; 4 en griego; 3 en sueco y 2 en latín, total: 1,288 ediciones. La primera edición es, como se sabe, la de 1605, hecha por Juan de la Cuesta, en Madrid.

Jacinto Octavio Picón

Por MANUEL BUENO.

En torno de Galdós, astro de primera magnitud, resplandecen otros luminares menos vivos, que ocupan un rango de importancia en el cielo de nuestra literatura. La época de Lope de Vega asistió al mismo espectáculo: el del genio dominando un grupo de talentos interesantes. Pero el tiempo es cruel; mantiene la soberanía de lo principal y deja en las sombras lo que no lució con el mismo fulgor. ¿Quién se acuerda de aquella pléyade de dramaturgos que escoltaron a Lope con sus obras, sin duda para que las gentes comparasen al sol con sus asteroides? Con Galdós coexisten varios novelistas que, si no le igualan por el vuelo de la fantasía, ni por el conocimiento de la realidad, que se quedan muy a sus espaldas por la facundia, pueden codearse con él dentro del idioma. El castizo decoro que imprimieron al estilo les da derecho a esta fraternidad. Entre esos novelistas está D. Jacinto Octavio Picón.

Yo tuve el honor de conocerle personalmente y de apreciar sus altas prendas de hidalguía intelectual. Era un hombre de poca aventajada estatura, enjuto, de ojos claros que parecían perdidos entre el ensueño y la reflexión, que se retraían del trato social, no por falta de cordialidad, sino por no ver muy de cerca la ordinariéz de la gente, distinguido de modales y atildado en el vestir. Picón fué de los primeros hombres ilustres que conocí al llegar yo a Bilbao, ciudad de mucho dinero, en la cual la media docena de personas inteligentes que vivían desentendidas

de la riqueza y de sus pompas pasaban, en aquellos tiempos, por extravagantes. Luego, con el andar de los años, la fisonomía de la interesante urbe se ha transformado ventajosamente, y ahora no son los intelectuales los que están allí en minoría, sino los millonarios. Don José Navarrete, artillero y novelista, que tuvo sus momentos de popularidad, me había dado una carta para Jacinto Octavio Picón.

—Lo verá usted en el Ateneo— me dijo aquel excelente amigo, mientras saboreábamos un chocolate de Zuricalday, en un pisito muy modesto de la calle de la Ronda.

Picón me acogió con la fina cortesía en él habitual; cortesía de gran señor que promete menos de lo que está dispuesto a dar, como me demostró después, introduciéndome en la Redacción de *El Imparcial*, que dirigía aquel intachable caballero y probo estadista que se llamó Rafael Gasset. Pero el genio animador de aquella casa no era Rafael, muy absorbido ya por sus proyectos de regeneración nacional, sino D. José Ortega Munilla, esclarecido escritor y uno de los hombres más generosos de que hago memoria.

Picón había dado ya a la stampa lo mejor de su obra de novelista, y aunque los escritores de mi generación no parecían muy sensibles a sus méritos, la sociedad culta, exenta de prejuicios literarios y extraña a la pedantería, lo admiraba sin otras reservas que las que nos impone casi siempre el disentimiento en materia religiosa. En las páginas de aquel insigne escritor cam-

pean un conocimiento profundo de la vida, una repugnancia invencible por la hipocresía y un cierto y elegante menosprecio del fariseísmo que ha prevalecido siempre en nuestras clases directoras. Espiritu sinceramente cristiano, Jacinto Picón se resistió en todo tiempo a tomar como moneda de buena ley la simulación de virtudes que el proceder personal desmiente en cada minuto. Y ese despego está patente en los libros del insigne novelista. Por ausente que quiera estar el escritor de su obra, ésta refleja lo más característico de él; sus ideas, sus convicciones, sus modos de ver y su sentimiento de lo temporal y de lo eterno. Picón fué, dentro de la novela, un naturalista, pero no de los tributarios de la escuela francesa, sino de los que han seguido la tradición nacional. No es como Flaubert y Zola, un pesimista que orienta sus curiosidades hacia los aspectos de la realidad que más al desnudo ponen el egoísmo humano, sino un observador igualmente atento a lo que ocurre en el sol y en la sombra de una sociedad. El equilibrio que se advierte en la obra total de Jacinto Picón es el resultado de la ponderación de su espíritu, igualmente refractario a todas las supersticiones filosóficas que han hecho del hombre unas veces un ángel y otras un demonio. Aquella ponderación no era una mera actitud intelectual que adoptan los escritores que pretenden pasar por impersonales. Se debía, primeramente, al temperamento del novelista, más propenso a buscar el *lucidus ordo* del clásico que a dejarse arrastrar del arrebató genial del romántico. *Dulce y sabrosa* es una novela perfecta que ya quisieran tener en el índice de sus obras los literatos que ahora presumen de haber agotado en sus creacio-

nes todo el talento nacional. Todos los elementos que integran la vida: la sensualidad, la gracia, el entusiasmo, el desencanto y la tristeza, están dosificados en sus páginas, en las mismas proporciones con que suele distribuirlos la Naturaleza en la totalidad de una existencia normal.

La hipastra del amor y *La honrada*, son también novelas que responden a las mismas preocupaciones estética, compendiadas en esta fórmula; que lo real no parezca por sus excesos artificial. Pero lo que más realza la personalidad de Jacinto Picón es la elegante limpidez de su estilo. Su prosa, de un casticismo inmarcesible, es sobria y robusta como la de Vicente Espinel o la de Moncada. Acaso se le pueda reprochar al insigne escritor la poquedad de su lirismo. Pero ese defecto es más bien de la raza, más inclinada en todo momento a la austeridad que al entusiasmo. Contra lo que se cree por ahí, el español no es entusiasta. Se apasiona algunas veces; pero sin prodigarse. Esa sequedad del genio nacional es precisamente la que no nos permite persistir largamente en un sentimiento. Somos un pueblo de arrebatos, aislados, intermitentes y generalmente estériles por su falta de continuidad. Pueblo difícil, más sensible de ojos y de oídos que de alma, por el que todo pasa y nada permanece....

....Yo ví a Jacinto Picón, acompañado de su hijo Felipe, allá por los últimos días de la guerra y en París. Nieto de una dama francesa y muy aficionado desde su niñez a todas las formas de la cultura de aquel país, Picón sufría mucho con las alternativas de la lucha. Se apeaban de un coche el padre y el hijo, frente a un hotel de la *rue* de Rivoli, cuando se

vieron sorprendidos por mi presencia.

—Maestro—le dije,—no he querido privarme del gusto de saludarle....

El rostro del novelista, habitualmente sereno, exteriorizaba las inquietudes de su espíritu. Por aquellos días aún no se vislumbraba el armisticio. En el gris matinal que descendía de los cielos, palpitaban todas las incertidumbres del destino y las hoscas tristezas de la vida. Hablamos poco, pues el gran escritor se sentía muy fatigado.

—Mi padre duerme poco y mal — me dijo Jacinto Felipe.

Yo, que era francófilo y que sigo siendo a pesar de los medianos recuerdos que conservo de París, les confié mis esperanzas en el éxito final. Pero en el ambiente del país había más bien pesimismo. ¡Se había anunciado tantas veces la victoria! Nos despedimos hasta Madrid, pero yo no debía volver a ver al insigne novelista. Hay un momento en el que al darse dos hombres un adiós se interpone entre ellos lo irrevocable, que les

impedirá encontrarse de nuevo. Unas veces son los años y otras los achaques físicos los que malogran su deseo de reanudar las relaciones amistosas....

La generación literaria de ahora no conoce a Picón. Es una generación, como fué la nuestra, petulante y llena de sí misma, que cree haber roto con sus obras todo nexo con el pasado. A hacerles caso, no ha habido originalidad ni en poesía ni en prosa hasta su advenimiento. Pero el público repara esa negligencia de la atención y la posteridad suele burlarse de todas las vanidades, restituyendo nombres y cosas a su rango y su categoría....

Bibliografía de Jacinto

Octavio Picón:

DULCE Y SABROSA», Cuarta edición. «JUANITA TENORIO», «LA HONRADA», Tercera edición.

Estas obras pueden solicitarse en la Biblioteca Nacional.

Cómo debe leerse la Biblia

Por ALBERTO GERCHUNOFF.

1.—El grande libro asusta al lector. Sus apretados capítulos le dan la impresión de que nunca terminará su lectura. La comienza generalmente con la curiosidad voraz con que se acerca a las demás obras. Y la Biblia no es un tratado ni es un libro recreativo, que hay que estudiar con método fatigoso o recorrer con impaciente rapidez. Acaba, sin duda, por ser el más vasto conjunto de tratados y la recreación más profunda, cuando hemos aprendido a adaptarla a la capacidad normal de nuestra atención. He dicho que no hay que estudiarla y me refiero con esa recomendación a los que no tienen todavía la costumbre de hallar en sus páginas lo que más se aviene con su estado de espíritu del momento en que la toman en sus manos. Pero, hay que meditarla siempre; es la condición indispensable para descubrir en cada versículo el doble contenido de su belleza y de su significación trascendente. Imaginemos al lector que desea iniciarse en su conocimiento. Debe olvidar sus nociones científicas sobre la formación del mundo—nociones debatidas y debatibles—y considerar el Génesis como una cosmogonía común, esto es, como una construcción teórica que después se entretendrá en refutar o en confirmar, comparándola con construcciones análogas. Al reflexionar sobre esa explicación de la hora primaria del universo, se dará cuenta—véase la jornada inicial de «La vuelta a Matusalén», de Bernard Shaw—de que no difiere mucho de la hipótesis más serias de los geólogos, de los cosmógrafos, de los biólogos. Lo que diferencia a la

Biblia de los ásperos volúmenes de los hombres de ciencia, es el idioma. El idioma bíblico sustituye las reformas áridas por fórmulas inspiradas y lo que más nos sorprende en ellas es precisamente su sencillez. El lector inexperto creerá inmediatamente que su sentido simbólico se le escapa, porque «comprende fácilmente» lo que dice el texto. Y no es así. La Biblia ofrece muchas acepciones; jamás una acepción oculta. Es justamente la absoluta desnudez de su palabra lo que le comunica constantemente lo que podríamos llamar una presencia divina. El que se habitúa a leerla, se convence, al fin, de que es un ordenamiento de todos los aspectos que interesan a la inteligencia y de todos los problemas morales que se agitan en el individuo, ilustrada con sucesos, episodios dramáticos, anécdotas y conflictos que refieren a su aglomeración un valor humano, distinto del valor de una doctrina o de un sistema de ética, porque en ella el hombre no es una abstracción, sino un protagonista de estatura ordinaria, colocado invariablemente bajo la influencia de lo extraordinario, que es la divinidad, o las contradictorias intervenciones de lo desconocido que asume para el racionalista el carácter del destino. En las experiencias de ese protagonista variable hallamos el hilo que da cohesión a la historia de la humanidad.

2.—Hay que leer la Biblia lentamente. Aconsejo leer uno o dos capítulos por día. Creado el hábito de frecuentarla, se descubrirá que ningún pensador, ningún filósofo, emplea lenguaje más «estricto»

tamente adecuado», más permanentemente grandioso y más descaradamente simple. En español hay diferentes versiones. La de Torres Amat, la de Scio de San Miguel, católicos, y la de Cipriano de Valera, difundido por las sociedades protestantes. Es la mejor versión, la más ajustada al texto hebreo. de una bella sobriedad, cotejada probablemente con las traducciones rabinicas que se guardan en la Biblioteca del Escorial. Sin embargo, acusa un grave inconveniente; excluye algunos libros. La vulgata católica es más segura como texto canónico y encierra la totalidad de los libros, con excepción de los evangelios apócrifos. Recomendando para el trato cotidiano a Valera, la versión primitiva y no la modernizada en la cual se encuentra esta monstruosidad literaria: «Dios dijo a Moisés con mucho rigorismo».

3.—Enrique Heine, versado en hebreo, dice que la Biblia está escrita en «un estilo de agenda». Es verdad. El idioma bíblico es parco y lo asombroso es que sea tan continuamente poético y épico a la vez, aunque Renan—en «El porvenir de la ciencia»—sostiene que es poético y no épico y halla, en cambio, épica la descripción del nacimiento de Buda; es poético porque se vale incesantemente de la imagen, no como recurso auxiliar, sino como visión directa de las cosas. Vervigracia: «El espíritu de Dios flota sobre las aguas». Es épico por la naturaleza de la imagen en que el hombre esta frente al universo o el universo frente a Dios. Para Renan lo épico viene de la multiplicidad y no de la amplitud del fenómeno descrito en sí. Por otra parte, la Biblia (no los profetas y los libros individuales, como el Cantar de los Cantares), la Biblia, digo, no describe; la Biblia

afirma y enuncia. Ewald, heterodoxo, la llama la «primera universidad y la primera metafísica».

4.—Acostumbrado el lector a leerla con lentitud, volverá a leerla sistemáticamente para buscar lo que su ánimo requiere en ese día. Mas, advertirá que no le fatiga estudiar un manual de geología, porque aprendió en el Génesis elementos de física cósmica, de antropología, de pre-historia, y tampoco le fatiga analizar un manual de ciencia jurídica porque se familiarizó en el Levítico y en el Deuteronomio con el Derecho y con la Teología, en Reyes, en Crónicas, en Números, con la Historia. Más tarde, los profetas le enseñarán problemas morales y nacionales, Salomón le iniciará en la sabiduría triste de la decepción, Job en el dolor, Isaías en los ensueños cristianos anteriores al cristianismo. Buscará en la Biblia su ración diaria, «tajada de sangre y espíritu». Comprenderá así que la Biblia le revela a la humanidad en hechos aislados y en figuras. Cuando esté cansado de hechos, se dirigirá a las canciones. ¿Canción mística? Los Salmos. ¿Necesita abrir los ojos a algo matinal que haga temblar su corazón y estremecer su piel? Leerá el Cantar de los Cantares y se le aparecerá la Sulamita con su olor de nardo y su sabor de miel.

5.—Sigo el mismo procedimiento con los Evangelios. Hay que leerlos, no con criterio político, sino con criterio religioso y entiendo por criterio religioso un estado de emoción en que la simpatía adquiere una fuerza activa y no es una especulación indiferentemente crítica. Los evangelios constituyen un libro de intimidad. Hice una vez esta prueba: leí ante una docena de personas capítulos de San Mateo. No les impresionaron. Los leí a una persona y a los pocos instantes, se le

comunicó lo que realmente hay en el Evangelio, o sea el poder de penetración, el contraste de lo espiritualmente idílico. Lo prístino del alma humana, la frescura de encontrar el amanecer en el alma, fluye de los Evangelios: el hombre obscureció la vida y obscureció el mundo. Jesús le trae el alba de una nueva mañana.

6.—El hombre hace la historia, que es su devenir, como el pintor hace el cuadro. Crea pedazos y retrocede para contemplarlos y para acentuar o rectificar sus detalles. Creyó a menudo que la Biblia no nutre más su agobiada conciencia. Retrocede para hallarse nuevamente

en la Biblia y al avanzar percibe que no sale de sus límites, porque la Biblia—Biblia y Evangelios—forman el total, el sumo total, el espectro de la universalidad en que nos debatimos. Y esa universalidad no se abarca con la ligereza de una novela, de una obra circunscrita, de un trazo de época. Se abarca como haciendo un camino alrededor del globo terrestre, despaciosamente, en la seguridad de que llegaremos al final y jornada tras jornada habremos visto la senda que empieza en la ribera fragante del Éufrates y se extingue junto a la sombra que proyecta nuestro campo.

INCUNABLE.—Tal vocablo se aplica a las ediciones hechas desde la invención de la imprenta hasta principios del siglo XVI. Los incunables tabelarios o xilográficos están impresos con planchas de maderas grabadas y los tipográficos con caracteres móviles. En la tipografía dicha voz se emplea universalmente para designar a los libros más antiguos impresos en tipos móviles. A los libros xilográficos dada su característica designación, no corresponde llamarlos incunables. Esto indica que fueron impresos cuando el libro tipografiado salía de la cuna de la imprenta. Pero los bibliógrafos han establecido los libros a que debe ceñirse el producto incunable en términos que permitan ya señalar como tales cuantos impresos tipográficos sean anteriores al año 1501, no solo procedentes de Alemania, cuna de la imprenta, más también de todas partes.

Preceptiva Literaria, libro de Enrique Muñoz Meany

Por SANTIAGO ARQUELLO.

La pedagogía literaria puede tener tres distintas progresivas orientaciones. La primera, pertenece al pasado; la segunda, al presente; la tercera, al porvenir. Son el ayer, el hoy y el mañana de la enseñanza literaria. Ayer, la Preceptiva; hoy, la Estética; mañana, la Vida. Con la Preceptiva, se ingiere en el alumno la reglamentación escueta y gélida, el reseo desgranar de tropas y figuras: procedimiento que se dirige a la memoria. Con la estética, se lleva al estudiante al concepto comprensivo del fundamento de la regla, al examen del porqué, al ojeo del principio, al fundamentalismo de los géneros: procedimiento que se encamina a la razón. Con la Vida, se enhebra el espíritu del joven dentro del espíritu de las obras bellas, se despierta en él la emotividad, se le sincroniza con la pincelada o con la nota, se le hace, en fin, vivir lo Bello: procedimiento que sube al alma entera por la escala de la sensibilidad.

Mucho pudiera decirnos en relación con la tercera face de la enseñanza literaria, que será la verdadera pedagogía estética en el porvenir. Ante una flor, ninguna regla: saber aspirarla, esto es, saber gozarla. No contar los pétalos que tiene, no rotularla, ni clasificarla, cosa de los botánicos, sino sentirla intensamente. Para eso, despertar la plenitud del sentido, sutillar la red nerviosa por donde va a correr el flujo psíquico de la impresión, avivar la placa encefálica centralizadora, e intensificar la destreza perceptiva y sensible del Ego cons-

ciente emocional. Pues lo mismo cuando de un verso o de una prosa se trate, rosar de la selva verbal. Nada de memotécnicas retóricas, cosa de los botánicos del habla. Despertar almas que aprendan a hermanarse con el alma del verso. Vivificar el sentimiento, desaletargar la fruición, llevar a los labios internos del alumno el saboreo de lo estético. El Ego que se sale del libro, que se extravasa del razonamiento, y que salta por fin al sentimiento: ¡el aprendizaje de la Vida, el goce de la Vida, la estética de la Vida en la cartilla de la Naturaleza!

Pero, en el presente caso, no se está preguntando si es conveniente modificar o no la orientación de la enseñanza en relación con la Literatura. Lo que hoy debo juzgar es lo siguiente: dado que ha de enseñarse en los colegios la Preceptiva Literaria ¿es o no aceptable para el caso la obra que con tan loable intento ha producido Enrique Muñoz Meany?

Y, desde tal punto de vista, no toca sino responder con justicia: sí. La obra del señor Muñoz Meany está escrita con verdadero amor y con perfecta adecuación a un programa. Tiene lo que debe, lo que tendría una buena Preceptiva; y tiene un tanto más: cierta inmersión en los dominios de la Estética y, como dice el dictamen de la Comisión que la apadrina, «una buena parte estrictamente filosófica y doctrinal sobre el conjunto literario y sobre las particularizaciones de los distintos géneros». Es decir, va penetrando el autor, con

fin a intuición de pedagogo de lo bello, en el cercado ajeno de la filosofía racional, con lo que pasa del ayer al hoy y con lo que se acerca, sin sentirlo, al mañana.

Además, avaloran esta obra: una factura estilizante, clara y fresca, que ya se aleja de las opiáceas locuciones de los antiguos preceptistas, de los pedantes de palmeta y coyunda; una tendencia a renovar los ejemplos, extrayéndolos de lo contemporáneo, desempolván-

dolos del Siglo de Oro, aproximándolos a la emoción cercana, es decir, poniéndolos intuitivamente en más contacto con la Vida; y, por último, hinca su atención en hacer que se ascende en el alma estudiantil el anhelo de comprender lo propio, de conocer los brotes de la literatura regional, que es una buena forma de acrecentar el patriotismo.

SANTIAGO ARGUELLO.

HEMEROTECA.... Este vocablo corresponde al local destinado a guardar los impresos que diariamente se publican y reparten (periódicos, revistas, catálogos, anuncios, etc.) Fue propuesta por el periodista bibliotecario parisiense, Enrique Martin, en 1900, en París, con el objeto de descongestionar la Biblioteca Nacional y la del Arsenal. Después se fundaron otras en varias poblaciones de Francia, como también en Alemania, Italia y América del Norte. En España se fundó la primera Hemeroteca Municipal en el año de 1924.

Hasta hoy en los países de Centro América se carece de Hemerotecas. Estas instituciones tienen su gran importancia en el buen funcionamiento de las grandes o principales bibliotecas. En la capital de México, se tiene el propósito de introducir, de modo científico y definitivamente dichas instituciones, que, a no dudar, son poderosos auxiliares de los centros bibliotecarios.

La Lectura

Por AUGUSTO EMILIO FAGUET

Augusto Emilio Faguet fué uno de los exponentes de la cultura de Francia. Crítico, moralista y literato, nació en la Roche sur-Yon el 17 de diciembre de 1847 y murió en París el 7 de julio de 1916. Dió principio a sus estudios en el Colegio Real de Poitiers, de donde era profesor su padre, y los terminó en París en el Liceo Carlomagno, ingresando en 1867 a la Escuela Normal Superior. Desempeñó cátedra en la Rochela, Poitiers, Monlins, Clermont, Ferran y Burdeos, hasta que en 1883 pasó a París. En 1890 fué nombrado suplente en la cátedra de Poesía Francesa de la Sorbona; en 1897 fué nombrado propietario de la misma y cuatro años más tarde sustituyó a Cherbulez en la Academia Francesa. Faguet demostró siempre, gran inclinación por la crítica literaria siguiendo los pasos de Thiers. Su crítica, como se suele decir, es de fondo de ideas, y Lamaitre le llamaba descriptor de inteligencias. Amó en sus lecturas a los grandes pensadores. Como un sutil analizador descompone las obras que estudia en sus elementos y mediante un trabajo de construcción, en el cual sobresale, se esfuerza en hacer aparecer la personalidad del autor tal como lo ve sin preocuparse de catalogarla en un género determinado. No quiere decir esto que no fuese capaz de elevarse hasta las grandes ideas geniales, pero la verdad es que solo en sus prólogos encontramos visiones sistemáticas o sintéticas. Faguet tiene dos grandes cualidades: la sinceridad y la claridad absolutas. Y esto ya es suficiente. Los jóvenes, principalmente, deben de leer a escritores como el que hoy motiva las presentes líneas.

La lectura se compone de lo que sabemos, de lo que aprendemos y de lo que no aprendemos, porque ya lo sabíamos, y que sabemos mejor ahora al aprenderlo de nuevo. Así vamos de la realidad a la ficción, y así como la ficción no tiene valor a nuestros ojos si no está penetrada de realidad, la realidad no tiene interés para nosotros hasta que volvemos a ella después de atravesar la ficción que nos la recordó.

Otro modo de juzgar las ficciones, y, por lo tanto, de gozar de su veracidad, consiste en mirarnos a nosotros mismos.

Una vez preguntaban a Marsillón, persona honradísima y dignísima.

¿De dónde ha sacado usted materia para pintar tan admirablemente los vicios?

A lo cual contestó él:

—De mí mismo.

Tenia razón. Cualquiera de nosotros podría pintar, si sabe hacerlo, todo los vicios y todas las virtudes. Y ya que para eso no pueda servir,

sirve al menos para reconocer la verdad de cómo están pintados todos los vicios y todas las virtudes.

Cada uno de nosotros es un pequeño mundo, donde está, como acurrucado y realmente en germen, el mundo entero. Aquel problema italiano, citado por Pascal, de que «el mundo entero está constituido como nuestra familia», es muy exacto. «Y como nosotros mismos», pudo añadir. Por eso, todas las simientes de virtud y de vicio que el hombre lleva dentro de sí, le permiten juzgar certeramente de la verdad o mentira de las ficciones literarias.

Una ficción se compone de muchas partes nuestras, que en manos del autor se transforman en otros tantos personajes; y en virtud de ello, nos juzgamos muchas veces, creyendo juzgar a un personaje.

La lectura exige de nosotros que seamos capaces del análisis autopsicológico; y únicamente los que sean capaces de ese análisis serán buenos lectores.

Recuerdo haber oído decir a una mujer de treinta años: «Yo no sé qué es lo que me interesa en *Madame Bovary*». Y yo estuve a punto de contestarle: «Lo que le interesa a usted en *Madame Bovary* es usted misma». Porque podrá haber mujeres de treinta años que no sean lo que *Madame Bovary*, pero no hay ninguna mujer de treinta años que no contenga dentro de sí una *Madame Bovary* con todas sus aspiraciones y sus sueños y su concepto de la vida: una *Madame Bovary* que no brotará, que será vencida y derrotada por toda clase de elementos psíquicos; pero que existe.

Los mismos asombros que nos causan algunas veces las ficciones, y considero ocioso decir que sólo me refiero a las buenas, nos llevan a descubrimientos agradables.

Cuando una cosa nos sorprende, decimos: «¡Pero si esto no es verdad!». Sin embargo, inmediatamente después de decirlo, hay algo que nos advierte que tal vez aquello no sea tan falso como imaginamos en un principio. Entonces consultamos con nosotros mismos, y casi siempre acabamos por decir: «Por lo menos, no es imposible». Y es que un rincón inexplorado de nuestra alma se nos ha revelado a medias; es que, merced a esa intrusión ajena, una parte de nuestra subconsciencia ha entrado en nuestra conciencia, y vemos a mayor profundidad y con más claridad que antes.

Porque la lectura, aunque exija la costumbre del examen de conciencia, también nos facilita de rechazo esa costumbre.

(El arte de leer).

El Estudio de la Historia

—Los pueblos se enlazan con la muerte el día en que se divorcian de su historia.—

Cuando pensamos que en nuestros programas oficiales, la asignatura de Historia de El Salvador está relegada a segundo término y confundida con el conocimiento general

y abstracto de Historia de América o de Centro América, sentimos una inmensa pesadumbre. Nos parece que 'caerá sobre nosotros la tremenda sentencia «de enlazarlos con la muerte». Es apenas de ayer que vivimos en comunión con el espíritu de los próceres salvadoreños. Ignorábamos su vida y la mi-

sión altísima que desempeñaron; y todavía ahora no es raro ver espíritus «emancipados del pasado tenebroso», que huyen del níveo manto del Padre Delgado o de la espada refulgente de Arce para entonar hosannas al héroe extraño. No pretendemos estancar la vida ni paralizar el pensamiento creador. As-

piramos sí a que en el avance incesante de la humanidad allumbremos la vía recorrida y saquemos la enseñanza provechosa de la historia que hemos vivido; pero

para ellos es menester sondear el pasado, escudriñar lo pretérito, buscar la luz de la tradición y rendir culto a los que, en jornadas olvidadas, nos señalaron el camino y nos hicieron herederos de la tierra en que vivimos.

La Historia y la Sociología van de la mano. «Mientras al sociólogo le basta con el estudio de las formas

generales y de los lineamientos exteriores, el historiador va más allá; pues penetra en el caso particular, en la individualidad del acontecimiento».

Sin enseñar ese encadenamiento de los hechos, -nuestra evolución marcha sin rumbo. Es sensible en extremo que alumnos de escuelas,



DR. MANUEL CASTRO RAMIREZ

colegios y aun universitarios carezcan del bagaje necesario para penetrar con éxito en la investigación de los fenómenos históricos, resultantes todos de fuerzas sociales, cuyo origen y dinamismo no hemos estudiado. El aspecto puramente narrativo está ya desterrado. El hacinamiento de nombres y fechas es carga pesada que sólo la memoria soporta.

Hay que buscar, dice Latella Frias, «el elemento moral, la idea, el principio y, al propio tiempo, el elemento cambiante, que es la realización misma de los actos humanos».

Hemos caminado a oscuras, porque no solo desconocemos la filología de nuestra historia sino que no guardamos ni siquiera memoria de los hechos pasados y carecemos de fuentes de investigación.

Hemos sido tributarios de México, Guatemala y Costa Rica, países que sí se han preocupado de conservar y acrecentar su acervo histórico.

Hojeando *La Diplomacia Mexicana* nos fué grato encontrar los elementos indispensables para sostener el criterio nacionalista de que los próceres salvadoreños fueron a Washington, a raíz de la Independencia, a robustecer su credo republicano y no a buscar el grillete del esclavo, como sostenía un historiador nicaragüense; leyendo a Filisola comprendieron los salvado-

reños la obra gigantesca de Delgado; así, carentes de archivos y de tradiciones históricas, espíritus escogidos han procurado llenar lagunas y salvar de la vergüenza o del desdén a quienes nos dieron Patria y Libertad.

Todavía no sabemos a ciencia cierta por qué se llamó San Salvador nuestra capital, ni por qué celebramos el 6 de agosto, ni cuándo fué erigida la ciudad de San Vicente ni por qué cedimos la Isla del Tigre. Así hemos vivido, de espaldas en la historia, tratando de anular los fecundos cimientos de la nacionalidad.

No pretendemos elevar la historia al rango que conquistó en Alemania en donde forma ya parte del alma nacional y sirve como el más alto instrumento de cultura; pero si deseamos que el espíritu salvadoreño cultive con amor el huerto de la historia, se sature de las bellas tradiciones del pasado, y aun de sus pintorescas leyendas, para que se oficien en nuestros altares dioses extraños, ni merezcamos, en ninguna ocasión, la fatídica sentencia:

«Los pueblos se enlazan con la muerte el día en que se divorcian de su historia».

M. CASTRO RAMIREZ.

San Salvador, noviembre de 1933.

T. P. Mechín y sus libros

Por JUAN RAMÓN URIARTE,
(Socio Titular del Ateneo de El Salvador).

Don Juan Ramón Uriarte, actualmente Ministro de El Salvador en México, dictó en la Universidad Nacional una docta e interesante conferencia sobre el tema «El humorismo en El Salvador».

En obsequio de los lectores de nuestro Boletín, reproducimos los bellos párrafos que dedica al Presidente del Ateneo, Ingeniero don José María Peralta Lagos y que hemos tomado del libro «La Muerte de la Tórtola», publicado recientemente por este conocido y popular escritor salvadoreño.

Ingeniero de la Academia Militar de Guadalajara en la cual mozamente supo honrar la patria chica ante la patria madre, construye aquí, con limpias manos y con ficción de artista, edificios nacionales que los terremotos respetan y que son ornamento de nuestra capital; hombre de Estado, en la Secretaría de la Guerra laboró arduamente por hacer realidad el pensamiento de que, la cabeza está hecha para pensar, pero que debe estar pronta a llevar el casco si quiere pensar libremente, y sus patrióticos empeños perduran en el progreso del Ejército nacional; diplomático que se impuso simpáticamente en su adorada España por su prestancia y sus largos talentos, colocando, con tino, todo protocolo al margen de su paso airoso; político, en quien habla y acciona el ciudadano auténtico, de conciencia torturada por escrúpulos sutiles, y que por ellos dejó pasar conscientemente la calvísima ocasión de escalar el Poder....

Es mucho. Sólo intento estudiar, compendiadamente, a su *alter ego*: al humorista que ha logrado hacer su seudónimo cariñosamente familiar entre nosotros, y que en Hispanoamérica conquista espontáneos prestigios.

Me imagino ver a labios extraños articular el nombre de *T. P. Mechín*. Y al pronunciarlo, no sería

extraño que alguien se interrogase, *in petto*, qué significa esa palabra teñida de sabor indígena.

Es un pecesillo, no de los mares, sino de nuestras humildes aguas mediterráneas. Sabroso como la prosa de su ilustre homónimo. Y como éste, difícil de pescar. Porque a *T. P. Mechín* no han logrado pillarle ni con las redes de la politiquería ni con el cebo de las ambiciones.

Ese fué el nombre de pluma, seleccionado por el maestro de nuestro periodismo festivo, Luis Lagos y Lagos, para armar caballero de la santa ironía a Peralta, su afín por la sangre y el ingenio, cuando José María comenzaba a *figarizar* en periódicos de aquel recordado escritor que se ausentó de la vida sin coronar la obra que se esperaba de su alma y cerebro.

Muy interesante sería, aplicando a José María Peralta, la explicación psicológica moteada de filosofías, del por qué los pensadores buscan en los nombres de guerra algo como el resonador que usaban los actores romanos, no para ocultarse por miedo de las iras más o menos violentas que sus sátiras provocan, sino más que todo por el misterioso anhelo de vivir otra personalidad que, impuesta sugestivamente, termina por orientar o.

al menos, por dar significación a la propia existencia.

¿No son acaso los seudónimos, impulsos con que se pretende conquistar el otro yo que quisiéramos ser, ya que vivimos en el mañana incierto más que en el pasado cierto y que en el presente escudridizo?

El humorista, como el poeta, nace. Verdad en máxima parte. La ironía potencial de José María Peralta, afloró a sus labios durante sus ocho años juveniles de contacto inmediato con el ingenio español. Después, el trato familiar, por intermedio de los libros, con humoristas franceses; sus viajes por Europa y sobre todo su terco amor a la tierra que ha querido, con su pluma, limpiarla de malandrines y embellecerla con ideales, forjaron su estilo que se encuentra ahora en deliciosa madurez.

T. P. Mechin es autor de cuatro libros que marcan la evolución de su personalidad. *Burla burlando* y *Brochazos*, los primeros cronológicamente, circunscriben la primera etapa. En ellos es la risa el arma de Peralta. Se explica. Nuestro egregio amigo se hallaba entonces en plenitud de vida. La risa sana supone la fuerza sana; y quien se siente fuerte por su energía moral, al ser excitado por lo ridículo y perverso, lanza su burla como una protesta fustigadora.

En esos dos volúmenes, selección de artículos y crónicas, el principal mérito para mí, de nuestro autor, es no permitir que su burla degenera en chiste. Desventuradamente no puede decirse lo mismo de su ironía, que a veces brota de su estilo como sangriento petardo.

A esta época de *T. P. Mechin*, podríamos denominarla del epigramismo que caracteriza a los escritores de sentimientos egoístas y mezquinos. Peralta sale de ella victorioso,

gallardo. Al leer aquellos libros suyos se olvidan las críticas hirientes como las espinas ante los matices y aromas de los pensiles.

Su tercer libro precisa el segundo ciclo de su evolución: *Doctor Gonorreitigorra*. Es una obra que Peralta tuvo el acierto de no querer hacerla novela, ni siquiera cuento; plantas que no se dan bien en las ubertas tierras de lengua castellana.

En *Doctor Gonorreitigorra* la risa de *T. P. Mechin*, hiere todavía pero ya comienza a no ser el factor fundamental del sentimiento del ridículo. La simpatía intenta reemplazarla. Se va tomando en alada sonrisa.

Con su reciente comedia, de actualidad perdurable, *CANDIDATO*, se abre la tercera y definitiva época de su vida de escritor pensativamente risueño.

CANDIDATO, es una obra más para ser leída que para desarrollarla en las tablas. Es lógico. Las obras escritas para el teatro por los intelectuales contemporáneos, son mejor meditadas que vistas. Porque el teatro es otra manifestación literaria en transformación integral. Y mientras no se realiza, aquel género que imperó cuando aun no había surgido la prensa, se va con sus tramoyas, sus tesis, su apuntador.

Sin embargo *CANDIDATO* podría representarse con éxito (1), porque su autor lo ha escrito, no sabemos si intencionalmente, con la movible claridad de ciertas aguas marinas, en las que se mira a los negruzuelos lanzarse a caza de la moneda arrojada, pero que más allá del cristalino campo visual se halla la profundidad impenetrable desde

(1) —Fué presentada con general aplauso, el día 3 de septiembre de 1932, por la Compañía de la eminente actriz mexicana María Teresa Montoya, en el Teatro Nacional de San Salvador.

a bordo. Es decir, que la pieza de Peralta presenta planos de penetración: para el ojo malicioso del vulgo, a quien hay que darle gusto aunque no lo pague, y para la mirada escudriñadora de la inteligencia que prefiere conversar a solas con el texto.

En esta comedia, la pluma de *T. P. Mechin*, siempre noble y castiza, se convierte en maravilloso pincel de nuestro ambiente. El regionalismo de Peralta es vital. No se halla tanto en la perfecta asimilación que hace del lenguaje familiar de nuestro pueblo. Tan no se encuentra en los modismos, que muchas veces sus personajes interpelan en su pintoresco idioma expresiones de acre sabor español.

Peralta ha penetrado en la psicología de nuestros seres y cosas. Captar estados de alma y expresarlos en su parla propia, es el verdadero regionalismo.

En *CANDIDATO* el sentimiento del ridículo hunde sus vivas raíces en la simpatía humana, en la tristeza que nos causa el mal que hacen tan torpemente los hombres; en la indulgencia para la incomprensión y en la compasión para las mentecateces y vanidades. Es el humorismo, que si ya no puede libertar ni dignificar al hombre o a la sociedad, emancipa, por lo menos, el arte. Y esto es algo, mucho, porque tras la libertad del sentimiento vendrá la libertad de la vida.

La adquisición de libros

Por ALFREDO CÓNSOLE.

Una de las operaciones en que más atención deben poner las autoridades de las bibliotecas, es la adquisición de libros.

Es opinión general que las bibliotecas públicas deben tener de todo. Llevadas por esa idea, sus autoridades dan colocación en los anaqueles a cuanto mamotreto llega, sin someterlo al más ligero examen. Esa práctica no tarda en convertir las bibliotecas en depósito de fósiles que nadie consulta, mientras carecen de las obras más solicitadas por los lectores asiduos. Tal despreocupación llega hasta el extremo de tener repetidos muchos libros sin hacer nada por canjear los que sobran.

Al adquirir libros para una biblioteca, hay que proceder con el criterio práctico de los comerciantes. Así como éstos compran únicamente los artículos que necesita o pueden interesar a su clientela, el director de una biblioteca debe procurar la adquisición de las obras que ha menester la concurrencia habitual. Si el comerciante evita el «clavo», el director debe evitar que en la biblioteca haya «partes muertas», es decir, cantidades de libros que sólo sirven para llenar las estanterías, porque no interesan al público. Si una biblioteca es frecuentada, verbigracia, por estudiantes y profesores, se comprenderá que debe tener ante todo, una buena colección de textos en uso y de obras de consulta que respondan a las mismas materias.

La mejor forma de surtir de libros las bibliotecas públicas es de adquirir colecciones de obras sobre cada materia, y no obras sueltas sobre materias diversas. Si

se desea formar la sección FILOSOFÍA, por ejemplo, se adquiere la *Biblioteca científico-filosófica* de Daniel Jorro, la *Nueva Biblioteca filosófica* de Calpe, la *Biblioteca moderna de filosofía y ciencias sociales* de F. Beltrán, las ediciones de la «Revista de Occidente» de Madrid, y las obras sueltas necesarias para llenar los claros dejados por esas colecciones.

Si se trata de enriquecer la sección LITERATURA, conviene adquirir las obras completas (eligiendo la mejor edición) de los poetas y prosistas de mayor prestigio, D'Annunzio, Amado Nervo, Palacio Valdés, Anatole France, Blasco Ibáñez, Pierre Loti, Jacinto Benavente, Martínez Sierra, Ricardo León, etc., las novelas para mujeres de las *Ediciones Hogar*, *Colección Elinor Glyn*, *Colección Princesa*, *Colección obras maestras* de la Editorial Juventud, etcétera.

Hay también colecciones que contienen obras selectas sobre diversas materias: literatura, filosofía, historia, religiones, etc., como *La cultura argentina* de Ingenieros, la *Biblioteca clásica* de Hernando, la *Biblioteca de autores célebres* de Garnier, la *Biblioteca de autores españoles* de Rivadeneyra, la *Nueva Biblioteca de autores españoles* de Menéndez Pelayo, la *Colección universal* de Calpe, los *Libros célebres españoles y extranjeros*, de la Editorial Prometeo, los *Clásicos castellanos* editados por «La Lectura» de Madrid, la *Colección Labor*, etcétera.

De esas colecciones, que no deben faltar en ninguna biblioteca pública, la más recomendable para las instituciones que poseen esca-

Los recursos es la *Colección universal* de Calpe, la cual puede ser adquirida encuadrada en tela o en pasta. En dicha colección se están publicando las obras más valiosas del mundo en literatura, filosofía, historia, sociología, teología, pedagogía, etc., y tanto las traducciones como el trabajo tipográfico son excelentes.

A los autodidactas conviene ofrecerles la *Colección Labor*, la cual ha publicado interesantes obritas sobre artes, letras y ciencias.

Como adquieren libros las bibliotecas.—Las bibliotecas públicas adquieren libros de tres maneras: por compra, donación y canje.

Cómpra de libros.—Para comprar libros conviene que el director se haga asesorar por el bibliotecario, pues nadie conoce mejor que éste las necesidades de los lectores habituales.

Creando servir mejor los intereses de la concurrencia, algunas bibliotecas colocan a disposición del público un *Libro de pedidos*, en el cual cada lector anota las obras que desea leer, si no las posee la institución. Ese libro sólo sirve para desorientar a las autoridades, pues son tantos y tan antojadizos los pedidos, que no es posible satisfacerlos en la mayoría de los casos. Las observaciones del bibliotecario experto suplen ventajosamente el *Libro de pedidos*, porque él toma nota de las necesidades más atendibles del público, lo cual le permite hacer listas de obras para entregarlas al director.

Otro error muy frecuente en las bibliotecas populares es el comprar libros en rústica «porque son más baratos». Se ha dicho con razón, que lo barato resulta caro. Los libros en rústica no tardan en descomerse y perder cuadernillos, que-

dando incompletos y por lo tanto inútiles.

Esa misma afición a lo barato hace preferir a ciertas personas las ediciones económicas, mal impresas, plagadas de errores e incompletas muchas veces. Los bibliotecarios y directores de bibliotecas que se interesan de verdad por la cultura del pueblo deben adquirir siempre la mejor edición de toda obra. Hay que evitar a toda costa las malas traducciones que hacen ilegibles las obras más amenas; las ediciones viejas de libros que han sido corregidos por el autor y tal vez prologados y anotados por maestros de la materia, y, por último, las ediciones espurias, colecciones de retazos hechas con fines comerciales sin conocimiento del autor o autores.

Las donaciones.—Con las donaciones hay que tener especial cuidado, pues generalmente se donan obras de escaso valor o incompletas. Las publicaciones oficiales, por ejemplo, suelen llegar por tomos sueltos, debido a lo cual es difícil encontrar una colección completa en biblioteca alguna. Teniendo en cuenta que las publicaciones oficiales o son muy importantes o sólo sirven para llenar espacio, cuando se tenga interés por una colección se debe procurar obtenerla completa y encuadrada para que resulte valiosa.

Cuando la biblioteca es obsequiada con una partida de libros, no debe vacilarse en separar todas las obras que sean de escaso interés para el público, como asimismo las que estén repetidas. Esas obras deben ser canjeadas en la primera oportunidad por otras que puedan prestar mayores servicios. Solamente así se logra que la biblioteca sea para los estudiosos y no para las polillas.

Los libros en rústica que sean

regalados a la institución no deben ser entregados al servicio mientras no sean encuadernados.

Canje.— Para obtener canje las bibliotecas públicas deben enviar a sus similares listas de obras repetidas o de escaso interés para sí, solicitando la recíproca.

Al cambiar libros se debe tener en cuenta su importancia y no su valor comercial.

Encuadernación.— La encuadernación de los libros para bibliotecas públicas debe ser fuerte, aunque no fina. Al efecto conviene excluir la media tela por su escasa resistencia, debida principalmente al hecho de estar mal cosidos; ese tipo de encuadernación está considerado como «trabajo de batalla», y se hace, por lo tanto, a bajo precio, dándole más apariencia que solidez.

Los libros bien encuadernados permanecen abiertos en cualquier página, y al ser cerrados no se nota en que parte estuvieron abiertos. Esto se observa principalmente en los que han sido cosidos con hilo; en cambio, aquellos en cuya encuadernación se ha empleado alambre, son duros y, por consiguiente, difíciles de manejar.

EL PRESTAMO DE LIBROS A DOMICILIO

El préstamo de libros a domicilio es el recurso a que apelan las bibliotecas formadas por asociaciones pobres para proporcionarse el dinero necesario a su sostén. Pero la experiencia enseña que ese recurso es contraproducente, pues el dinero que proporciona por concepto de cuotas mensuales de sus socios nunca basta para cubrir los gastos, y trae una consecuencia grave: la destrucción y extravío de numerosos libros que hacen desaparecer a veces obras valiosas, tal

vez agotadas, y dejan incompletas muchas otras. Según un cálculo aproximado, el préstamo a domicilio ocasiona a las bibliotecas la pérdida de un tercio de sus libros cada diez años.

Las bibliotecas que necesitan imperiosamente la ayuda de sus socios para sostenerse, podrían remediar ese mal exigiéndoles una garantía por el libro que perdieren o deteriorasen, sea cualquiera su valor. Así se habituaria el público a usar el libro con las debidas consideraciones.

¿Cuáles obras se pueden prestar a domicilio?— Hay obras que no deben salir de la biblioteca con ningún pretexto, no tanto en bien de la institución como de los mismos lectores que concurren a ella.

Los textos y las obras de consulta, al salir a la calle favorecen a quienes los llevan, pero en cambio perjudican a los que van después a estudiarlos a la biblioteca. Y esto es fácil de comprender: un libro de estudio que permanece en la biblioteca puede ser consultado por varias personas en el mismo día, mientras que si sale a la calle sólo servirá al que lo lleva.

Entre las obras de consulta que jamás deben ser facilitadas a domicilio, figuran también los diccionarios de la lengua y las enciclopedias. Cualquiera comprende sin largas explicaciones que para aprender el significado de una palabra o para leer o copiar un artículo no se necesita llevar el libro a casa, y que permaneciendo el libro en la biblioteca puede servir a muchos estudiosos en el mismo día.

Tampoco deben ser prestadas a domicilio las obras valiosas que, por estar agotadas, no se indemniza a la biblioteca pagándole por su pérdida o destrucción lo que puede haberle costado a ella.

Apartadas las obras de estudio,

quedan las obras literarias sueltas (1) para prestar a los que sienten más placer leyendo en su

(1) Hay colecciones de obras literarias, como la *Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneyra, que por su gran costo no conviene prestar a domicilio sus volúmenes sino en casos excepcionales y con todas las garantías necesarias.

casa o en un parque. Y eso no es poco, porque toda biblioteca pública debe tener numerosas novelas y libros de poesías de autores reconocidos como buenos. Las obras de Marden, Smiles, Trine, C. Wágner y Atkinson deben también ser facilitadas a domicilio para darles la mayor difusión posible.

El Arte Nuevo

por SALARRUÉ

«Donde haya conformidad, imitación o seguimiento de un modelo, allí tiene que faltar naturalmente la vida creadora; y sólo en la verdadera vida creadora, es decir, en la inteligencia despierta, es donde existe el gozo y la exaltación de vivir. Con la diaria conformidad, con la continua contracción e imitación, habéis impedido o estorbado la expresión de la verdadera vida creadora. Con la expresión «vida creadora» me refiero, no sólo al producto del pensamiento como idea, que expresáis en la poesía o en un lienzo o en la acción, sino a ese impulso creador mismo que está más allá de todas las formas, ideas o expresiones. Si esa vida no está libre, os apegáis a la forma o a la expresión, y ello produce una contracción de la vida, no su plenitud o abundancia.

Hay un patrón o modelo tradicional establecido, al que tratáis de adaptaros, no importa cuáles sean vuestros propios pensamientos y sentimientos. No estoy predicando la rebelión, que no es sino otra forma de estupidez».

KRISHNAMURTI.

Eso del Arte Nuevo es una pura invención de la impotencia que caracteriza una época de confusión de los auténticos valores estéticos. No hay arte nuevo ni viejo: sólo hay arte. Ya en alguna parte dije que había que identificar al hombre con el arte, y lo presentaba como el puente tendido entre lo que llamamos materia y lo que llamamos espíritu, por comodidad. Sólo hay *arte nuevo* en cuanto hay inconformidad con la escolástica y el ardiente deseo de una expresión que se ajuste a la verdad del hombre actual. Y este impulso de reajuste no es exclusivo de una sola época histórica, de manera que el arte nuevo viene a ser la gimnasia emprendida para desentumecer y fortificar la expresión untada, por decirlo así, de la admiración hacia los grandes maestros del pasado.

A fuerza de imitarlo todo hemos caído en un arte imitativo. Empezamos quizá a salir de esa actividad híbrida que consiste en hacer un arte de copia sin calor de personalidad, y mejor, de individualidad.

La revolución reciente que ha escandalizado al mundo entero y que produjo el cubismo, el dadaísmo, el vanguardismo y el futurismo,

con todas sus subdivisiones no ha sido, como muchos creen todavía, un síntoma de decadencia, ni mucho menos; ha sembrado la semilla de la inconformidad, y aunque (como en todo nuevo movimiento) se encuentre plétórica de valores dudosos, ha colocado las bases de un nuevo romanticismo marcando el punto extremo de un movimiento pendular cuyo centro está señalado por el clasicismo inevitable.

Estas dos tendencias, céntrica la una y extremas y oblicuas las otras, con el marco eterno del movimiento estético, que podrá evolucionar en un sentido espiral, con vueltas cada vez más amplias y elevadas; pero cuyo movimiento de flujo y reflujo, de aspiración e inspiración se mantiene igual.

El romanticismo es esencialmente emotivo y por ende trágico y su característica principal es el movimiento. El clasicismo, por lo contrario, es estático y logra la serenidad por el equilibrio entero lo emotivo y lo intelectual o mental. El arte romántico o dinámico se manifiesta en líneas transversales y el clásico o estático en líneas paralelas, consiguiendo en esta forma su aspecto de solidez y simpleza.

Cuando los artistas del cubismo y de los otros nuevos *ismos* se expresaban en movimientos (a veces vertiginosos) no por ello faltaron (si eran auténticos) a las leyes de equilibrio—que exige siempre la obra de arte,—a la ley de la armonía, que pasaron por alto aquellos advenedizos, quienes creyeron que hacer esta nueva labor era cosa de simple juego, llegando a las más ridículas posturas que el cretinismo estético pudo jamás concebir. Y es que, como bien hace observar el cubista y crítico Alberto Gleizes: «La obra de arte no está regida por la fantasía y la divagación. Se atiende estrictamente a la obediencia de ciertas constantes y no puede producirse sino en el orden y en el método. Hay muchos equilibrios; el campo se abre, vasto, a posibilidades de equilibrio, pero la ley—esencial—está en la base.»

En efecto, el arte llamado erróneamente: nuevo, no ha pretendido otra cosa que abrir los ojos de la humanidad hacia un cielo nuevo de comprensiones, de apreciaciones más justas de la realidad actual, despertando por medio de un arte complejo, en cierto modo, conclusiones simplísimas, por ser nacidas al calor de una autocreación, casi inconsciente en la mayoría, y que convertía al artista en un sugeridor, puesto que quedaba descartada toda literalidad. Esta nueva expresión, trataba de encontrar quizás, una manera de decir al oído los secretos de la belleza, una forma iniciática de exaltación vital, que lejos de ser pueril, gozara de lo cósmico, trascendente y religioso; continuando en esta forma la línea esencial, medular, del arte de todos los tiempos.

NOTICIAS DE LIBROS

Las Confesiones

J. J. Rousseau

Hacia mucho tiempo que no se hallaba en el mercado librero un solo ejemplar de esta obra tan conocida y universalmente estudiada, en idioma español. Las traducciones que se fueron sucediendo cayeron tal vez en desuso por su deficiencia. La que ahora tenemos a la vista es bastante aceptable y va prologada por el veterano escritor José Brissa, que ha sabido concentrar en pocas páginas el espíritu del gran filósofo de la Enciclopedia.

Es sabido que *Las Confesiones* de Rousseau es uno de los libros más sinceros que se han escrito en el mundo y que su autor dejó por publicar hasta después de su muerte. Un punto sin embargo, tocó el autor demasiado someramente, como si tuviese miedo a que sus disculpas fueran demasiado débiles. Nos referimos al hecho de haber enviado a la Inclusa a sus tres hijos. Pues bien, el prologuista, que debe haber estudiado a fondo la vida de Rousseau, a través de sus obras, explica y razona este acto tan criticado de su vida bajo un nuevo aspecto, que no deja de ser humano.

Las Confesiones de Rousseau han sido editadas esta vez por la Editorial Maucci, y forman dos voluminosos tomos de 443 páginas cada uno, con el retrato del autor en la cubierta.

Bajo cielo africano

Por Alejandro Vicuña

Notas de un viaje por Marruecos, Argelia y Tunes. Colección

- «Grands Voyages», Imprimerie Union. París. 1931.

Crítica pintoresca e intencionada de la obra colonizadora de España en Marruecos. Por estas páginas pasa el paisaje con sus violentas tonalidades desérticas y a veces un oasis pone la nota fresca.

Este libro está escrito en lenguaje tan sencillo y tan elocuente, que se lee sin tropiezo alguno.

La autoridad y la libertad en la Constitución Política del Estado

Por Heliodoro Yañez

Discurso de incorporación a la Academia Chilena correspondiente de la Real Academia Española en reemplazo de don Enrique Mac Iver. Editorial «Le Livre Libre», París.

Elogio de la personalidad de don Enrique Mac Iver, eminente hombre de Estado chileno, cuyas doctrinas sobre «La Autoridad y la libertad en la Constitución Política del Estado», analiza con gracia y claridad, robusteciendo sus argumentos con innumerables citas de esas doctrinas, ya vertidas en el periódico, el libro o en la tribuna parlamentaria. Entre esas citas, resalta ésta que es todo un compendio de una economía político-social: «Yo no quiero bastarme a mí mismo; no quiero que los míos se basten a sí mismos, no quiero que mi país se baste a sí mismo. Yo quiero que viva la humanidad cumpliendo su deber de libertad y fraternidad, luchando en la vida bajo esa bandera que es de todos. Esa es la única sa-

tisfacción que puede existir y el único medio de mantener la paz y la tranquilidad entre nosotros y el mundo entero....»

Don Antonio García Reyes

Y algunos de sus antepasados a la luz de documentos inéditos.

Por Miguel Luis Amunátegui Reyes.

Cuatro tomos. Imp. Cervantes. El autor no se ha propuesto escribir una biografía, sino sacar a luz algunos documentos inéditos que acreditan las sobresalientes dotes de un servidor público chileno, cuya prematura muerte privó al país de uno de sus más notables estadistas, de un eminente escritor, de un sabio jurisconsulto y de un eximio catedrático.

Sentencias del Juez Federal Dr. Emilio J. Marengo

Librería y Editorial «La Facultad».
Juan Roldán y Co. Buenos Aires.

Un tomo a la rústica. Sentencias recopiladas sobre múltiples materias que constituyen una expresión sintética entresacada de la labor que realizó durante más de once años en el Juzgado Seccional de Bahía Blanca, el doctor Emilio J. Marengo.

Observaciones y enmiendas a un Diccionario aplicables también a otros

Por Miguel Luis Amunátegui Reyes

Dos tomos a la rústica. Imprenta Universitaria, Santiago de Chile. Observaciones y enmiendas, al «Diccionario Manual de locuciones viciosas y de correcciones de len-

guaje con indicación del valor de algunas palabras y ciertas nociones gramaticales», publicado por el chileno don Camilo Ortúzar en 1893. Se propone el señor Amunátegui Reyes, llamar la atención sobre los vicios que con más frecuencia se cometen de palabra o por escrito.

Kant y Spengler

Por Ernesto Quesada

Folleto enviado por el Instituto Ibero-americano de Berlín, Alemania. Puntualización de las relaciones existentes entre las doctrinas de Kant y de Spengler, que hace resaltar que son absolutamente independientes una de otra, por sus diversas orientaciones, que no tienen trayectoria común, pues corresponden a la atmósfera mental de siglos diferentes. Dice el autor que hay que encausar la doctrina sociológica de Spengler «tal cual la fórmula, y juzgarla en tal forma y no del punto de vista de un pensador que, como Kant, escribió un siglo antes y con criterio y objetivos absolutamente distintos. Es, pues, tarea estéril querer a la fuerza encajar las ideas spenglerianas del siglo XX en la matriz kantiana del siglo XVIII».

La destrucción de la Legación de Colombia en Lima, Perú, el 18 de febrero de 1933

UNA VERGUENZA EN LA HISTORIA

Por L. H. Woolsey.

Un folleto impreso por A. Mijares y Hno. México, D. F. Versión española. Obra de doctrina e historia, una admonición para

los pueblos que son arrastrados por malos gobiernos a grandes vergüenzas, sacrificios terribles y dolores irreparables, según dice la nota de introducción.

Contiene una documentación importantísima sobre la destrucción de la Legación de Colombia por el populacho peruano, la noche del 18 de febrero de 1933.

Una flor en el mundo

Por Alvaro Leonor Ochoa.

Un libro empastado con estera indígena de muchos colores, que le da un sabor altamente regional, impreso en la imprenta «Román», México, 1933.

En su primera página trae la siguiente inscripción:

Ofrecimiento:

Hay, besado por el mar, una imagen terrenal de un pedacito de cielo, habitada de un pueblo: bizarro y generoso, inteligente y culto, sensible y bueno: La felizmente gobernada REPUBLICA DE EL SALVADOR.

A ella, a la que lleva en un Nombre una inmensidad, me honro en ofrendarla este humilde esfuerzo de mi pensamiento.

Con todo mi respeto y mi afecto muy señalado.

El autor.

Es un libro de divagaciones filosóficas sobre la moral y la vida muy bien expresadas que dan idea de la profundidad mental de su autor.

Por nuestra parte, mucho agradecemos al autor que haya dedicado su bello libro a este país.

Correspondencia Escolar

Segundo Manuscrito

RECOPILACION DE JUAN GRAVE

Edición Maucci

Este libro no pudo circular como debiera durante la monarquía española, como si fuera delito proclamar el pacifismo a fuerza de razones. Una edición fué confiscada, y cuantos tenían el libro estaban a riesgo de caer en entredicho.

Ahora, que la libertad de imprenta republicana es un hecho, se pone a la venta una nueva edición de esta obra, que si bien está escrita para escolares, sirve admirablemente a todos para abominar del crimen colectivo guerrero, para que las ideas humanitarias y redentoras se abran camino en la conciencia de los hombres.

Los más eminentes pensadores del mundo han contribuido con su firma para formar esta obra, que, aun redactada antes de la matanza europea del año 14, parece escrita en nuestros días, cuando la amenaza de otra hecatombe se cierne sobre la pobre humanidad.

Letorneau, Richet, La Bruyère, Flammarión, Tillier, Jaquinet, Tolstoy, Karr, Zola, Voltaire, Spencer, Erckmann-Chatrion, Renan, France y otras muchas mentalidades contribuyen con su firma al conjunto de la obra, que seguramente será en breve de dominio público, y podrá iluminar con sus luces el antro sanguinario de las luchas fratricidas, aprobio de los humanos seres.

Forma este libro, de la Escuela Moderna, un bien presentado tomo de 200 páginas, facsimil manuscrito, de clara lectura. Precio, 2 pesetas.

Ganjes recibidos de varios centros durante los meses de agosto, septiembre y octubre de 1933.

COLOMBIA

1 ejemplar de «Escritos Políticos y Económicos de Miguel Samper», tomos I-II-III.

1 ejemplar del «Informe que rinde el Secretario de Hacienda a la Honorable Asamblea de 1933.

1 ejemplar de «Historia de las Leyes», Tomo XX, Legislatura de 1931. Dirigida, Concordada y anotada por Horacio Valencia Arango.

1 ejemplar del «Suplemento al Boletín de Agricultura», Nº 23.

1 ejemplar de la «Revista de Provisiones del Gobierno Nacional», Nºs 24-25.

1 ejemplar de «Decretos de Carácter Extraordinario, dictados por el Ejecutivo Nacional en desarrollo de las facultades conferidas por las Leyes 99—1931 (2a. edición).

1 Ejemplar del «Boletín de Hacienda», Nº 36.

1 ejemplar del «Boletín de Historia y Antigüedades», Nº 227.

1 ejemplar de la «Lista del Cuerpo Diplomático Extranjero», mayo 1933.

1 ejemplar de la «Revista Militar del Ejército Nº 249-250 año XXIII.

1 ejemplar de la «Revista Javeriana», Nº 2. Año I.

1 ejemplar de la «Revista de Higiene», Año XIV—2a. época.

1 ejemplar de «Investigaciones sobre Fiebre Amarilla el Muzo y Santander por los Doctores J. A. Kerr y Luis Patiño Camargo», Publicación Nº 9.

1 ejemplar de «Decreto Nº 1060 de 1933». Sobre la Ley de Extranjería.

1 ejemplar del «Marino» Gaceta Departamental.

1 ejemplar de «Anales de la Asamblea» (Periódico).

1 ejemplar de la «Gaceta Judicial», Órgano de la Corte Suprema de Justicia.

MONTEVIDEO—URUGUAY

1 ejemplar de la «Revista de Medicina Veterinaria», Nº 29-30.

1 ejemplar de «Revista del Centro de Estudiantes de Derecho».

1 ejemplar de «Revista de la Asociación de Escribanos del Uruguay».

1 ejemplar del «Anuario Estadístico de la República Oriental del Uruguay».

1 ejemplar de «El Hombre Aburrido», por Eduardo Bianchi.

TEGUCIGALPA—HONDURAS

1 ejemplar de «Revista Tegucigalpa», Nº 342.

1 ejemplar de «Cuentos y Fábulas», por J. M. Tobías Rosa.

1 ejemplar de «Vida Infantil», por Isabel D. Laínez.

1 ejemplar «De Manual de Facturador Comercial», por P. M. Eusebio Santos, h.

1 ejemplar del «Compendio de la Historia Social y Política de Honduras», por Antonio R. Vallejo.

1 ejemplar de la «Revista Choluteca».

1 ejemplar del «Resumen del Censo General de Población», Levantado el 29 de julio de 1930.

1 ejemplar del «Album de la Nueva Honduras».

1 Ejemplar de «Hombres y Cosas», por Manuel Santoveña y Alejandro Navas Gardela.

COSTA RICA:

1 ejemplar de «Los Poetas Vivos de Costa Rica», Colección Aquileo J. Echeverría.

1 ejemplar de «La Escuela Costarricense», Año II- No 10-11.

1 ejemplar de «Juan Santa María», por Carlos Jinesta.

1 ejemplar de «Omar Dengo», por Carlos Jinesta.

BUENOS AIRES-REP. ARGENTINA

1 ejemplar de «Síntesis del Desenvolvimiento de la Casa de Moreda Durante Cincuenta Años».

1 ejemplar del «Anuario Catalano—Belear Mitología—Historia—Geografía Arte-Letras-Demotismo», por Antonio Cursach Truyol.

1 ejemplar de «Inconografía de Próceres Argentinos».

1 ejemplar de «Operaciones Ampliatorias de la Pelvis», por el Dr. Celestino Lanza.

1 ejemplar de «Cincuentenario de Club de Gimnasia y Esgrima 1880 1930».

1 ejemplar de la «Revista Nosotros», No 287—288—289.

1 ejemplar de «Visiones de la Gran Aldea», por Ismael Bucich Escobar.

1 ejemplar de «Tierra y Patria», por F. Pedro Moratta.

1 ejemplar de «Sentencias del Juez Federal Doctor Emilio J. Marreco».

1 ejemplar de «Glaciaciones Cuaternarias en la Patagonia y Tierra del Fuego», por Carl C. Zon Galdenius.

1 ejemplar del «Boletín de Leyes y Decretos del Gobierno».

1 ejemplar de «La Industria de la Destilación de Leña y sus Derivados», por Juan A. Yantorno.

1 ejemplar del «Boletín Mensual del Ministerio de Agricultura», No 1—2 y 3.

1 ejemplar de «La Ley de Granos», por el Ingeniero Agrónomo F. Pedro Moratta.

1 ejemplar de «La Defensa Social», Tesis por E. T. Dufey.

1 ejemplar de «Una Víctima de

Rosas», por Francisco Javier de Acha; Tomo 3o.

1 ejemplar del «Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas» No 54—55—56—57.

1 ejemplar de la «Revista Hacia la Luz», lectura para ciegos; números 70, 71, 72, 73, y 74.

1 ejemplar del «Emocionario del Amor Doliente», por Mariano J. Grandoli.

1 ejemplar de «La Doctrina Drago su Esencia y Concepto Amplio y Claro», por Ernesto Quesada.

1 ejemplar de «Augusto Comte y sus Doctrinas Sociológicas», por Ernesto Quesada.

1 ejemplar de «El Desarrollo Social Hispano Americano y el Período Precolombiano», por Ernesto Quesada.

1 ejemplar de «Un Escritor Guatemalteco Antonio Batres Jáuregui», por Ernesto Quesada.

1 ejemplar de «Una Nueva Doctrina Sociológica por Ernesto Quesada.

1 ejemplar de «El Ciclón Cultural de la Colonia», por Ernesto Quesada.

1 ejemplar de «El Panamericanismo Bolivariano», por Ernesto Quesada.

1 ejemplar de «Kant y Spengler», por Ernesto Quesada.

1 ejemplar de la «Revista de la Universidad de Buenos Aires», Tomo I.

1 ejemplar de «Ara Incaica», por J. G. Dessein Merlo.

1 ejemplar de «Aire de Arauco», (Aspecto de Chile) por J. G. Dessein Merlo.

1 ejemplar de «Alcor», (Poema) por J. G. Dessein Merlo.

1 ejemplar de «Aterrizaje», (Canciones) por J. G. Dessein Merlo.

1 ejemplar de «Aguaribay», (Ritmos) por J. G. Dessein Merlo.

1 ejemplar de «Andes del Sol», (Aspectos de Bolivia y del Perú) por J. G. Dessein Merlo.

1 ejemplar de «Amancay, (Poesías) por J. G. Dessien Merlo.

1 ejemplar de «Aztlan», (Glosas rimadas del México Precolonial) por J. G. Dessien Merlo.

1 ejemplar de «Atabal Indio», (Motivos del Plata) por J. G. Dessien Merlo.

1 ejemplar de «Lectura Libre», por Teófilo Godoy y Lista.

1 ejemplar de «Sombras que Pasan», por Juan Agustín García.

1 ejemplar de «Cuadros y Caracteres Snobs», por Juan Agustín García.

1 ejemplar de «Historia Argentina Elemental», por José Stalleng.

1 ejemplar de «Geografía Física y Económica de la República Argentina», por A. García Aparicio.

1 ejemplar de «El Día Patrio 1810—25 de Mayo—1933. Alocución Pronunciada en el Colegio «Lacordaire», por Alberto Laplace.

1 ejemplar de la «Revista Económica», No. 6.

SANTIAGO DE CHILE

1 ejemplar de «Diseños», por Julio Selph.

1 ejemplar de «Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Hispano-América», Tomo III. Siglo XVI.

1 ejemplar de «La Autoridad y la Libertad en la Constitución Política del Estado», por Heliodoro Yáñez.

1 ejemplar de «Mi Diario de Prisión», por Benjamín Vicuña Mackenna.

1 ejemplar de «Bajo Cielo Africano», por Alejandro Vicuña.

1 ejemplar de «En la Puerta de la Iglesia», por Miguel Luis Amunátegui Reyes.

1 ejemplar de «Anales de la Universidad de Chile», año I. Serie 3a. 1º y 2º trimestre.

1 ejemplar de «Estudios Médicos, Sociales y Morales», por el doctor Guillermo Puelma. Tomo I y II.

1 ejemplar de «Observaciones y Enmiendas a un Diccionario, aplicables también a otros», por Miguel Luis Amunátegui Reyes. Tomos I, II y III.

1 ejemplar de «Don Antonio García Reyes y algunos de sus antepasados a la luz de documentos inéditos», por Miguel Luis Amunátegui Reyes. Tomos I, II y III.

1 Ejemplar de «La Organización Gremial y el Poder Político», por Carlos Orego Barros.

1 ejemplar de «¿Cuál es la ortografía que más favorece a nuestra raza?», por Miguel Luis Amunátegui Reyes.

1 ejemplar de «La reforma ortográfica ante nuestros Poderes Públicos; ante la Real Academia Española y ante el buen sentido», por Miguel Luis Amunátegui Reyes.

1 ejemplar de «Simón Bolívar», panorama de su vida, de su obra y de su acción americana», por Eugenio Orrego Vicuña.

MÉXICO

1 ejemplar de la «Revista de Economía y Estadística», número 5. Vol. I.

1 ejemplar de la «Revista El Crisol».

1 ejemplar de «Una Flor en el Mundo», por Alvaro Leonor Ochoa.

1 ejemplar de «Una Vergüenza en la Historia», por L. H. Woolsey.

1 ejemplar de «El punto de vista colombiano en la cuestión de Leticia», por Pablo Lozano y Lozano.

VENEZUELA

1 ejemplar de «Bosquejo de la vida de Antonio José de Sucre Gran Mariscal de Ayacucho Héroe

y Martir de la independencia Americana», por Guillermo A. Sherwell (Versión del Inglés).

1 ejemplar de «Tierra Nuestra» (Por el Río Caura), por Samuel Darío Maldonado.

1 ejemplar del «Boletín de la Academia Nacional de Historia», Tomo XVI, número 62.

PANAMA

1 ejemplar de «Análisis del Nuevo Tratado», por Fabián Velarde.

MADRID-ESPAÑA

1 ejemplar de «Las Confesiones», por J. J. Rousseau.

1 ejemplar de la «Revista de Investigación y Progreso», número 7.

1 ejemplar de «Leonardo de Vinci», por Tristán Klingsor.

SAN JUAN PUERTO RICO

1 ejemplar de «Alma Latina», revista.

HABANA-CUBA

1 ejemplar de «Literatura Moderna», (Estudios y Narraciones) por Laura Mastre.

GUATEMALA

1 ejemplar de «Códices Mayas-Dresdensis-Peresianas Tro-Cotesianus». Reproducidos y desarrollados por J. Antonio Villacorta C. y Carlos A. Villacorta. (De la Sociedad de Geografía e Historia).

RIO DE JANEIRO

1 ejemplar de «A Dansa Sobre o Abismo», por Gilberto Amado.

1 ejemplar de «Terra a Vista», por Eugenio de Castro.

1 ejemplar de «O Homen que

se Esqueceu de Si Mesmo», por Carlos Maul.

1 ejemplar de «O Exercito E O Sertão», por Xavier de Oliveira.

1 ejemplar de «A Expedição de Martim Affonso de Sousa 40. Centenario de Fundação de S. Vicente», por Comandante Eugenio de Castro.

1 ejemplar de «O Divorcio E O Anarchismo», por Ruy Barbosa.

1 ejemplar de «A Grande Guerra», por Ruy Barbosa.

1 ejemplar de «Ruy Barbosa» (Ensaio Bio-Bigliográfico) por Fernando Nery.

1 ejemplar de «Ruinas de un Converno», por Ruy Barbosa.

1 ejemplar de «Comentarios a Constituição Federal Brasileira», por Ruy Barbosa.

1 ejemplar de «Columnas de Fogo», por Ruy Barbosa.

1 ejemplar de «Una Grande Vida», por Motta Filho.

1 ejemplar de «A Intervenção Estrangeira Durante A Revolta», por Joaquín Nabuco.

1 ejemplar de «Garimpos» (Romances), por Hernan Lima.

1 ejemplar de «O. Marquez De Abrantes», por Pedro Calmon.

1 ejemplar de «O Rei Cavalleiro», por Pedro Calmon.

1 ejemplar de «Palabras a Juventude», por Ruy Barbosa.

1 ejemplar de «Junqueiro Freire Sua Vida, Sua Epoca, Sua Obra», por Homero Pires.

1 ejemplar de «Evolução Da Poesia Brasileira», por Agrippino Grieco.

1 ejemplar de «Evolução Do Povo Brasileiro», por Oliveira Vianna.

1 ejemplar de «Humour, Humorismo, Humoristas», por Afranio Peixoto.

1 ejemplar de «Oração Aos Moços», por Ruy Barbosa.

1 ejemplar de «Directrizes de Ruy Barbosa», por Baptista Pereira.

1 ejemplar de «A Ilusão Russa», por Baptista Pereira.

1 ejemplar de «Vultos E Epis Odios Do Brasil», por Baptista Pereira.

1 ejemplar de «Populações Meridionaes Do Brasil», por F. J. Oliveira Vianna.

1 ejemplar de «Evolução Da Prosa Brasileira», por Agrippino Grieco.

1 ejemplar de «Rento Conçalves», H. Canabarro Reichardt.

1 ejemplar «Os Africanos No Brasil», por Nina Rodríguez.

Diarios que llegan a la Biblioteca Nacional

CIUDAD

Diarios: Latino, La Prensa, Patria, El Día, Diario del Salvador, El Tiempo, y Diario Nuevo.

SANTA ANA

Diarios: de Santa Ana y de Occidente

SAN MIGUEL

Diarios: La Nación y de Oriente.

AHUACHAPÁN

Diarios: de Ahuachapán, y La Nueva Tribuna.

SONSONATE

Diario: El Heraldo.

MEXICO

Diarios: El Universal, El Nacional, Excelsior, La Prensa.

TEGUCIGALPA—HONDURAS

Diarios: La Epoca, El Cronista, El Ciudadano, Del Norte-(San Pedro Sula), Nuestro Criterio.

MANAGUA—NICARAGUA

Diarios: La Epoca, La Noticia, La Prensa.

GUATEMALA

Diarios: El Imparcial, El Liberal Progresista.

